

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

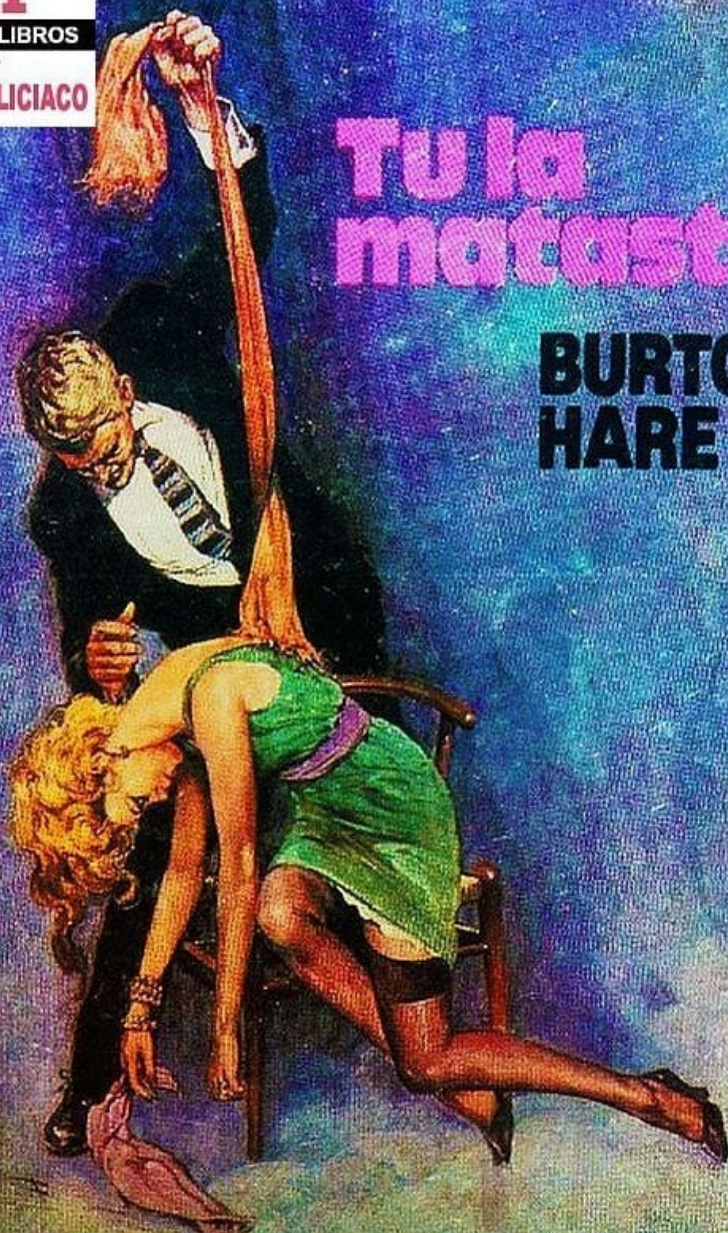
BOLSILIBROS



POLICIACO

Tula macabre

**BURTON
HARE**



—¡Mientes, Cameron! —Vamos, confiesa de una vez...

—Dinos cómo le retorcaste el cuello hasta rompérselo. Sólo con que nos cuentes esto habremos terminado.

—¡Váyanse al diablo! —dije con voz ronca.

Pero ellos eran muchos. Otra voz intervino en el concierto:

—Entraste en el apartamento de esa dama usando una llave falsa.
¿No es cierto?

—Sí.

—Y ella te sorprendió y...



Burton Hare

Tú la mataste

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1179

ePub r1.0

Lds 22.12.17

Título original: *Tú la mataste*

Burton Hare, 1964

Colección

PUNTO

ROJO

n.º 99. Bruguera – 1964

Colección

SERVICIO

SECRETO

n.º 1179. Bruguera – 1985

Colección

PUNTO

ROJO

n.º 26. Ediciones B – 1992

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

—¡Mientes, Cameron! —Vamos, confiesa de una vez...

—Dinos cómo le retorcaste el cuello hasta rompérselo. Sólo con que nos cuentes esto habremos terminado.

—¡Váyanse al diablo! —dije con voz ronca.

Pero ellos eran muchos. Otra voz intervino en el concierto:

—Entraste en el apartamento de esa dama usando una llave falsa. ¿No es cierto?

—Sí.

—Y ella te sorprendió y...

—¡Basta! —Vociferé medio loco—. No pudo sorprenderme, puesto que ya estaba muerta.

—Nuestra historia es mejor.

—Pues quédense con ella, maldita sea.

No reconocía ni mi propia voz. Mis ojos amenazaban estallar, cegados por los dos poderosos focos centrados sobre mi cara. No podía ver a ninguno de la media docena de «polis» que me atormentaban. Estaban colocados en semicírculo, manteniéndose fuera de la brillante luz de los focos. Las preguntas eran disparadas de todas partes, de cualquier lado surgían, secas, sus voces, como dardos al rojo martirizando mi cerebro.

—No tienes escapatoria, estúpido —aulló otro de ellos—. Te hemos pillado casi en el instante de liquidarla. No conseguirás nada negando...

—Confiesa, Cameron, y todo será más fácil.

—Será más fácil para ustedes.

—Basta, muchachos —ordenó alguien.

Cayó un silencio sólido como un bloque de granito. Aproveché para cerrar los ojos y girar la cabeza a un lado, pero una mano que

salió de alguna parte, me agarró por los cabellos, me obligó a enfrentar la luz de cara.

La voz que había impuesto el silencio se elevó de nuevo.

—Escuche usted, Cameron —dijo—. Sabemos la clase de prójimo que es usted. Le hemos encontrado casi en el momento de retorcerle el cuello a esa dama, y tenemos testigos que juran haberles visto a los dos discutir en un bar cercano al domicilio de ella apenas una hora antes del crimen. ¿Comprende lo que le digo?

—Usted es quien habla.

—Bien, sigo. Usted, Cameron, tiene cierta experiencia en estos trotes. Lleva año metido en pesquisas y sabe cómo funciona una investigación y las pruebas que necesita el fiscal para mandar a alguien a la cámara caliente. ¿No es así?

—Delo por sabido. Me limito a escuchar.

—Está bien; expuesto el asunto, debe comprender que no tiene ni la más remota esperanza de librarse de ésta. Lo único que le queda por hacer es facilitarnos el trabajo. En compensación, le prometo que hablaré con el fiscal para que...

—Pierde el tiempo —le interrumpí.

Reinó un silencio. Luego, la misma voz gruñó:

—Nada; perdemos la noche... ¡Y con lo que me duele los pies, Dios mío! Tendré que comprarme unas plantillas ortopédicas... A ver, que alguien me acerque una silla.

—En seguida, teniente.

Teniente. Bien, ahí estaba el mandamás de los borregos. Alguien arrastró una silla. El teniente cambió de táctica.

Ordenó:

—Empezaremos otra vez, maldito sea usted. Nombre.

—Max Cameron —dijo cansadamente.

—Edad.

—Treinta y dos años.

—Profesión.

—Detective privado.

—Domicilio.

—Sycamore Drive, tres, uno, seis, seis.

—Bueno, Cameron. Cuéntenos ahora su versión del asunto. ¿Por qué ha penetrado en el apartamento de esa mujer?

—Yo pensaba encontrar allí unos documentos. Me contrataron

para hallarlos.

—¿Qué clase de documentos?

—Lo he olvidado.

De mi izquierda surgió una voz iracunda:

—¡Condenado tipo!

Un seco trallazo restalló en un lado de mi cabeza. Casi me arrojé fuera de la silla. Sin embargo, la voz del teniente volvió a la carga con la misma calma anterior:

—¿Quién le contrató?

—Secreto profesional. Empezó a perder la calma.

—¡Estúpido! Ante un asesinato no hay secreto que valga. ¿Quién lo contrató?

—Secreto profesional.

El golpe salió zumbando del lado opuesto al de antes. Y esta vez di de costado contra el suelo, arrastrando una silla conmigo.

Un dolor lacerante en la cabeza me dejó unos momentos ciego y sordo. Pero, por lo menos, me libré de la cegadora luz de los focos.

Manos fuertes y bruscas me levantaron, sentándome otra vez en el lugar adecuado para seguir la sesión. El teniente siguió adelante, con voz ya más tensa:

—¿Quién le contrató para encontrar esos documentos?

Aspiré hondo. Repetí:

—Secreto profesional.

—¡Estúpido! —aulló alguien.

—¡Yo te enseñaré modales!

—¿Quién te contrató?

—¿Qué clases de papeles buscabas?

Empezaba de nuevo la ofensiva general. Deseé poder cerrar mis oídos, pero eso era imposible.

—¡Habla de una vez!

—¡Te meterán en la cámara de gas, Cameron! ¿Te das cuenta?

—Nadie te salvará de la cámara. Ni tu cliente. ¿Quién es?

—¿Quieres hablar, maldito seas?

Todo esto lo habían repetido un millón de veces. Y el teniente:

—¡Silencio, muchachos! Sigamos... Ya le haremos escupir todo esto más tarde.

Ahora veamos, ¿de qué han estado discutiendo usted y esa mujer en aquel bar?

—La he convencido para que devolviese esos papeles.

—¿La ha convencido?

—Sí. Le he hecho ver que iba a verse envuelta en un lío si no me los entregaba.

—Y ella lo ha comprendido así.

—Sí.

—Y le ha citado en su apartamento... Ahí estaba la trampa.

—No —dije—. Me ha hecho prometer que la esperaría en el bar. Tenía que retirar los documentos de cierto sitio...

—¿Qué más?

—La he seguido; sin embargo, no pude ver en qué edificio se metía. No podía seguirla de muy cerca sin ser descubierto. Ella estaba recelosa...

—Siga.

—Bien; me ha costado casi quince minutos localizar la casa. He subido hasta el apartamento y he llamado a la puerta. Como no me respondía, y yo estaba seguro que tenía que estar allí, he abierto la puerta con una ganzúa. Así la he encontrado.

—Ya veo... Pretende aferrarse a esa historia...

—No hay otra —afirmé.

—¿Estaba ella haciéndole chantaje a alguien?

—No lo sé.

—Miente, Cameron.

—No.

—Sí. Esos papeles debían comprometer a alguien... —A su cliente.

—Váyase al infierno, teniente.

¡Plaf!

Esta vez el tortazo me llegó de frente y me dio justo en la boca, aflojó un par de dientes y me lanzó hacia atrás. Alguien detuvo mi caída sujetando la silla por el respaldo.

Como si nada hubiera sucedido, el teniente prosiguió:

—¿Sabe qué siente el reo cuando sueltan las bolitas de cianuro, Cameron?

—Cosquillas —balbucí—. Tenía la boca llena de sangre.

—Seguro. En la garganta y en la nariz, a medida que el gas va penetrando dentro de usted... Es algo muy divertido.

—Apuesto a que sí.

—Eso es lo que le sucederá a usted. Se acercan las elecciones. ¿Sabe lo que eso significa?

—No.

—Al fiscal le interesan triunfos, condenas, casos de los que se ocupen los periódicos y le hagan publicidad para ganar en los próximos comicios. Está usted perdido. Cameron. Le condenarán a muerte.

—Bueno.

—Pero puede librarse si colabora un poco con nosotros. Yo me encargaré de eso.

—Seguro que si, teniente.

—Palabra, Cameron...

—Estupendo. Aspiró aire y soltó:

—¿Qué clase de documentos buscaba?

—Lo he olvidado.

Me encogí, esperando el golpe. Pero esta vez no llegó. Debían estar cansados.

—¿Cómo se llama su cliente?

—Secr...

¡Plaf!

Me tomó desprevenido. Un puño como una maza me arrancó de la silla. Antes de aterrizar en el suelo, un zapato entró en contacto con mis costillas y la oscuridad empezó a borrar de mi mente la hiriente luz de los focos.

Me levantaron en volandas, aturdido. Sujetándome por los cabellos mantuvieron mi cabeza erguida, aunque ya no veía la luz.

Las voces me llegaban amortiguadas y no comprendía lo que me decían. Medio en sueños, empecé a preguntarme si valía la pena aguantar a esa tribu de salvajes por cincuenta dólares diarios y los gastos. No llegué a formular ninguna respuesta a eso, por cuanto un timbre empezó a repiquetear en alguna parte, lejano... Muy lejano...

Alguien se movió. El timbre cesó de sonar. Tras un silencio, una voz anunció:

—Es para usted, teniente...

Éste gruñó algo incomprensible, seguramente dedicado a sus delicados pies, y al cabo de un instante aulló:

—Teniente

O'Toole

al habla. ¿Qué pasa?

Escuchó en completo silencio, y cuando su voz se elevó de nuevo había cambiado, haciéndose mucho más respetuosa. Dijo:

—Sí, señor, pero... no ha confesado todavía... Nuevo silencio. Luego:

—¡Pero, señor! ¿Cómo vamos a dejarle suelto? Seguro que es él quien se ha cargado a esa fulana y...

Calló. Su respiración se oía perfectamente en el tenso silencio de la habitación. Cualquiera hubiera supuesto que el teniente estaba realizando un esfuerzo a juzgar por su violento jadeo.

Al fin gruñó, de mal talante:

—Está bien, señor... Espero que me entreguen una orden por escrito. Me parece un procedimiento muy irregular y... Sí, señor, comprendido.

Colgó el auricular con tanta fuerza que el golpe sonó como un disparo. Sus pasos se acercaron de nuevo a donde yo estaba.

—Es usted un tipo afortunado, ¿eh. Cameron? Su voz era un silbido cargado de odio.

—Eso me han dicho muchas veces —dije—, esperanzado, aunque sin comprender qué estaba sucediendo. —¿Le han dicho eso por teléfono?

—Me han dicho que le suelte.

Hubo un murmullo de protesta entre los «polis» reunidos a mí alrededor. Por lo visto les dolía cesar en su diversión. El teniente añadió:

—Está usted libre, pesquisa..., por el momento.

No daba crédito a mis oídos. Me tenían en sus manos. Podían descuartizarme libremente sin que nadie pudiese interceder por mí, y me soltaban. No tenía sentido.

—¿Qué clase de truco está usted sacándose de la manga, teniente?

Mi voz temblaba. Él masculló entre dientes:

—Ojalá fuera un truco. Vamos, levántese.

Lo intenté. Mis piernas cedieron y caí sentado otra vez. Sin amabilidad alguna, un par de garras me arrancaron de la silla y me sostuvieron en pie brutalmente, sacudiéndome como si así pudieran despejar mi aturdida mente.

—Va usted a salir de aquí, Cameron —anunció el teniente—. Pero no crea que he terminado con usted. Yo me encargaré de que no pueda reírse de la policía mucho tiempo.

—Por lo menos sé que lo intentará —di unos pasos vacilantes con la sana intención de salir del cruel círculo de brillante luz—. Veremos si tiene éxito...

De pronto los focos se apagaron. Sólo quedó una solitaria lámpara pendiente del techo, pero tardé cierto tiempo en darme cuenta de ella, toda vez que al dejar de sentir en mis ojos la despiadada luz quedé igual que ciego, viendo sólo oscuridad.

Me empujaron hacia la puerta donde llegué dando traspiés. Allí, O'Toole me advirtió:

—Recoja usted sus cosas a la salida... Y límpiense la boca. Parece como si hubiera chocado con una puerta.

—He chocado contra un tacho de basura, teniente.

Alguien abrió la puerta. Mis ojos empezaron a distinguir el contorno de las cosas y avancé por un estrecho pasillo, seguido por uno de los tipos que habían estado atormentándome.

Seguía sin comprender por qué me soltaban. Lo único que se me ocurría pensar era que me tendían una trampa. Sin embargo, todo era preferible a estar allí, sometido al tercer grado...

Recogí mis pertenencias y las distribuí en los bolsillos. Al tocarle el turno al revólver comprobé la carga, por si lo habían vaciado, pero estaba perfectamente. Lo guardé también y salí sin despedirme de mi guardián.

El aire de la calle me reanimó. Lo único que necesitaba era una buena dosis de *whisky* y estaría más o menos listo para seguir trabajando...

CAPÍTULO II

Míster Grogan cerró la puerta suavemente, vaciló un instante y al fin se enfrentó conmigo.

—Hace media hora que la policía me ha dejado en paz, Cameron... Temía que usted se hubiese asustado.

—No es la policía lo que me asusta —repliqué—. ¿Tiene usted a mano algo de beber?

—Perdón... Sí, pase.

Le seguí al interior de su lujoso apartamento. A pesar de que eran casi las cuatro de la madrugada, el hombre estaba vestido de calle. Por lo visto, a él también le había mantenido ocupado la jauría del teniente

O'Toole.

Mi cliente llenó unos vasos con una cantidad más que regular de *whisky* puro y me ofreció uno. Lo paladeé unos instantes, para ganar tiempo y poder observarle a placer. No parecía muy afectado por el hecho de haber quedado viudo.

—¿Y bien? —dijo al fin.

—Supongo que los polizontes habrán estado apretándole las clavijas, míster Grogan. Sé que es muy tarde y que usted estará deseando acostarse y descansar, pero necesitaba hablar con usted urgentemente.

—No pienso acostarme esta noche. Es más, si usted no hubiera venido yo...

—Está bien, tómelo con calma —le aconsejé al ver que se interrumpía, nervioso y violento—. ¿Cómo le ha sentado a usted la noticia de la muerte de su esposa?

—Bien... No me ha afectado mucho. Usted ya sabe cómo estaban las cosas entre ella y yo. Prácticamente llevábamos seis

meses separados...

—¿Les ha dicho eso a los polizontes?

—Sí.

—¿Cómo lo han tomado?

—No lo sé. Han estado muy impertinentes.

—Eso es propio de ellos. Más lo han estado conmigo.

Me miró fijamente durante un instante. Luego desvió los ojos y preguntó con voz ronca:

—¿Ha conseguido usted los documentos?

—No.

Pegó un respingo. Su mirada se veló de manera extraña, como si estuviera a punto de llorar. Sacudió la cabeza y dejó el vaso a un lado.

—¡Santo cielo! —exclamó—. Yo pensé que... Bueno usted ha estado cierto tiempo en el apartamento de Mabel... antes de que la policía le sorprendiera... Creía que había estado registrándolo a fondo.

—Eso es precisamente lo que he hecho; registrarlo. Pero los documentos no estaban allí, o por lo menos yo no he sabido hallarlos. O el asesino se los ha llevado, o ella me dijo la verdad.

—¿A qué se refiere?

—A que los tenía en otra parte.

—Explíquese. No entiendo nada de todo esto.

—Su esposa, cuando discutimos en el bar, me dijo que tenía que retirar los documentos de cierto lugar donde los tenía guardados. Sin embargo, al salir ha ido directamente a su apartamento. La he seguido creyendo que era allí donde los guardaba... Bien, no estaban allí.

Se levantó como impulsado por un resorte y comenzó a medir la habitación a grandes zancadas, nervioso. Cuando habló lo hizo sin mirarme.

—¿Cree usted que se los ha llevado el asesino?

—No lo sé.

Dio la vuelta y se enfrentó conmigo.

—Dígame lo que piensa de todo esto. Del crimen... Del asesino... De todo —repitió con voz ronca.

—Mis opiniones de poco van a servirle, pero yo creo que el criminal no se ha llevado nada. No ha tenido tiempo de buscar

absolutamente nada, ni de obligarla a ella a entregar documento alguno. Cuando yo he llegado al apartamento, Mabel llevaba escasos minutos muerta, y había entrado en el apartamento ocho o diez minutos antes que yo. El asesino debía estar esperándola y la ha matado en cuanto ha entrado. De manera que lo único que ha podido hacer después ha sido salir a escape. Sea cual sea el motivo del crimen, no ha sido la búsqueda de esos condenados papeles.

—Ya veo...

Encendí un cigarrillo y apuré los restos de *whisky*, abandonando el vaso sobre la mesita.

Míster Grogan se dejó caer pesadamente en la butaca.

—¿Está dispuesto a seguir trabajando para mí, Cameron?

—Sí, pero con otro precio.

—Cien dólares diarios, Cameron, más los gastos. ¿Conforme?

—Conforme.

—Buscará usted esos documentos estén donde estén. Y al mismo tiempo trate de descubrir al criminal. No amaba a mi mujer, pero quiero que pague ese crimen.

—Creo que desvaría usted, míster Grogan. Está la policía por medio. Puedo trabajar en el asunto de los documentos, pero en lo otro voy a verme en muchas dificultades...

—Cien dólares al día no se ganan sin dificultades, Cameron.

—Okay, éste es un argumento que no tiene réplica. Usted gana. Ahora, otra cosa. La policía ha intentado hacerme escupir quién es mi cliente y qué clase de documentos son los que ando buscando. No han conseguido arrancarme una palabra, pero en caso de que lo intenten otra vez... ¿Puedo nombrarle a usted?

—Puede decirles que le pago para que encuentre al criminal. Pero no me relacione absolutamente en nada con los documentos. ¿Está claro?

—Como la luz del día —afirmé, levantándome y quedándome en pie delante de él—. Ahora dígame... ¿Cómo reconoceré los documentos, caso de echarles la vista encima? Antes era fácil. Ella debía entregarme un legajo de papeles y yo debía limitarme a traérselos a usted. Pero ahora debo descubrirlos, ¿comprende? Y para ello tengo que saber qué clase de papeles son éstos.

Vi que eso no le gustaba.

—Eso es un inconveniente... —Gruñó mi cliente.

No dije nada. Esperé. Transcurrió casi un minuto de silencio, hasta que míster Grogan levantó la cabeza y me miró fijamente.

—Voy a confiar en usted, Cameron —masculló—; aunque bien sabe Dios que no sé por qué lo hago...

—Si no confía en mí poco podrá ayudarle. Se encogió de hombros y habló:

—Está bien. Esos documentos me fueron robados hace algún tiempo. Después, alguien, no he podido saber quién fue, me llamó por teléfono y se ofreció a devolvérmelos mediante el pago de cierta suma...

Calló. Pregunté, mirándole:

—¿A cuánto ascendía esa suma?

—Muy alta...

—¿Cuánto?

Vaciló. Dejó escapar un suspiro y confesó:

—Veinte mil dólares.

Pegué un respingo, atónito.

—¿Veinte mil machacantes por unos papeles? —dije, sin salir de mi asombro—. ¿Qué diablos son? ¿El plano de un tesoro?

—No bromea... Para mí valen mucho más.

—Está bien. ¿Qué sucedió después?

—Pagué y me devolvieron los documentos.

—Bueno...

Hizo un ademán, interrumpiéndome, y añadió:

—Eso fue poco antes de que mi esposa decidiera separarse de mí. Ella sabía que yo opondría todas las dificultades posibles a la separación. Se apoderó de esos documentos para obligarme a ceder, ¿comprende?

—Ya veo...

—Tienen la máxima importancia para mí... Una importancia capital.

—Tienen que tenerla para haber pagado veinte mil pavos por ellos —comenté.

—Sin embargo, es preferible que usted no sepa su contenido. Me levanté de un salto.

—Está usted mal de la cabeza —afirmé—. ¿Cómo quiere que los identifique?

Vaciló unos instantes antes de explicar:

—Podrá reconocerlos fácilmente... Se trata de cinco hojas escritas a mano. En la cabecera consta mi nombre, y al final de cada página hay una o dos líneas escritas en español. Creo que con todos estos datos puede reconocer esos papeles cuando los encuentre.

—Supongamos que alguien ha tenido la brillante idea de falsificarlos. Guiándome con estos datos lo único que yo le traeré serán los apócrifos.

Hizo un gesto con la mano, como si espantase a una mosca.

—Eso no me preocupa. Nadie los ha falsificado. Mabel..., mi esposa, se limitó a esconderlos en lugar seguro para poder presionar sobre mí.

Me encogí de hombros.

—Muy bien —dije—. Haré lo que pueda. Ahora, una última pregunta: ¿Ha sido usted quien ha presionado para que me pusieran en libertad?

Su rostro reflejó el más completo de los asombros.

—¿A qué diablos se refiere?

—Nada, olvídelo.

Me despedí de él y regresé a mi apartamento. Tumbado en la cama intenté pensar en el lío en que estaba metido. Me dormí sin llegar a ninguna conclusión.

CAPÍTULO III

Eran las nueve de la noche cuando decidí que había llegado la hora de moverse. Fui en busca del coche y lo conduje sin prisas, intentando descubrir algún posible perseguidor. Si alguno venía detrás de mí no logré verlo.

Había algunas cosas que no había dicho a mi cliente. Ni a la policía, naturalmente. Por una de ellas me proponía empezar mi labor.

Cuando dos días atrás, míster Grogan me encargó el trabajo, empecé a preguntarme por qué motivos una mujer de detonante belleza como Mabel podía abandonar a un marido relativamente joven y rico, y me entretuve en eliminar la mayoría de los que se me ocurrieron. Así llegué a una conclusión: El amor.

Había que buscar al amante. Y lo encontré.

Se llamaba Tony Morano y era propietario de una especie de club en la costa, un lugar aristocrático donde, si uno era conocido, podía jugarse hasta las pestañas a cualquier clase de juego de azar, de ruleta para arriba.

Tardé más de media hora en llegar a las inmediaciones del tugurio de Tony Morano. Estacioné el coche a un lado de la carretera y estuve un par de minutos contemplando las rojas luces del anuncio. Rex Club. Se encendía y apagaba letra por letra, y cuando estaban todas encendidas proporcionaban una roja aureola a la fachada del local.

Me acerqué a pie. Había como una docena de coches aparcados en la explanada frontera. Un guardacoches de uniforme se paseaba perezosamente por delante de ellos. Yo me deslicé por detrás de las lujosas carrocerías. Antes de entrar quería conocer los alrededores.

Los dos lados y la parte trasera de la casa estaban rodeados de

un espeso jardín bastante descuidado. No se veía un alma por aquellos contornos; sin embargo, no por eso me confié. Había demasiada luz procedente de las ventanas. Esa misma luz me permitió localizar la puerta trasera. Pensé que tal vez pudiera servirme ese descubrimiento en otra ocasión.

Regresé a la parte delantera y me acerqué al guardacoches.

—Hola —dije, encendiendo un cigarrillo—. ¿Está Tony esta noche? Me miró sospechosamente.

—Claro que sí —rezongó, sin dejar de examinarme.

—¿Qué hay que hacer para verlo?

—¿Es usted conocido de la casa?

—No.

—¿Conoce al jefe?

—No.

—Bueno, pues no creo que le dejen entrar. ¿Viene a divertirse?

—Depende del ambiente.

—Bueno, me parece que está usted chiflado. ¿Dónde está el coche?

—¿Qué coche?

Eso colmó la medida, tal como yo había supuesto. Me dejó. Le vi andar apresuradamente hacia la puerta de entrada. Habló con alguien y regresó inmediatamente, acompañado por un gorila impresionante. Tenía una espalda como un campo de aterrizaje.

—¿Usted quiere ver a míster Morano? —indagó el espécimen selvático.

—Ésa es mi idea.

—¿Para qué?

—Si se lo digo a usted no tengo ya por qué decírselo a Tony.

—Gracioso, ¿eh?

—Sí.

Vaciló unos segundos. Luego preguntó:

—¿Lleva artillería, amigo? Y no me mienta porque le registraré.

—Llevo un «38».

—Démelo.

Saqué el revólver y se lo entregué pacíficamente. El arma desapareció dentro de su manaza.

El gorila, un poco sorprendido de mi colaboración a la paz, se lo embolsó y me indicó que le siguiera. Lo hice.

El interior del club era un derroche de lujo, pero no me dejó tiempo de admirar el vestíbulo, porque me empujó hacia una puertecita lateral, gruñendo:

—Por aquí, y no quiera pasarse de listo, compañero.

Recorrimos un largo pasillo, cuyo final desembocaba en un pequeño salón donde dos individuos jugaban al póquer con aire aburrido. Los dos levantaron la cabeza al entrar nosotros.

El gorila anunció:

—Este pichón quiere ver al jefe... —Sacó mi revólver del bolsillo y lo dejó sobre la mesa, junto a los naipes—. Llevaba esta tarjeta de visita.

Los dos puntos se levantaron. El gorila ordenó:

—No te muevas.

Me registraron de arriba abajo. Cuando se convencieron de que no guardaba ninguna sorpresa, me empujaron sin contemplaciones hacia una puerta de sólido aspecto. El gorila oprimió un botón. Tuvimos que esperar casi un minuto hasta que se abrió la puerta, y los cuatro penetramos en un despacho deslumbrante de lujo y comodidades. No había nadie cerca de la puerta, por lo que comprendí que ésta se abría mediante algún dispositivo automático.

Detrás de una enorme mesa estaba sentado Tony Morano, un Adonis de pelo rizado. Me empujaron hacia él.

Los negros ojos del hombre me examinaron como a un bicho raro.

—¿Quién es ése? —quiso saber.

Fue el gorila quien le explicó por qué me había llevado hasta él. Como demostración de su efectividad depositó mi «38» delante de su jefe, que lo contempló un instante con actitud divertida.

Después me miró a mí.

—¿Quién es usted y qué quiere de mí?

—Quiero hablarle de cierto asunto.

—¿Su nombre?

—Cameron...

Saqué mis credenciales y se las mostré. Pareció asombrarse.

—Vaya... ¡Todo un detective privado! —rió burlonamente, apartó el revólver de un manotazo y se inclinó hacia adelante, con sus ojos entrecerrados—. Me divierte usted, desgraciado. ¿Por qué ha hecho toda esa comedia para verme?

—He oído hablar de usted algunas veces, Morano. Sé sus métodos y conozco la clase de matones que le rodean. Sabía que si intentaba entrar en la casa con cualquier excusa tendría jaleo. Y soy un tipo pacífico. No me gustan los alborotos.

—Vaya, vaya. Prudente, ¿eh?

Todos rieron. Dije:

—Pacífico, ya se lo he dicho.

—Ya veo... ¿Y de qué asunto quiere hablarme?

Señalé a los guardaespaldas.

—¿He de hablar con toda su corte como auditorio?

—Sí.

—Okay. El asunto de que quiero tratar se llama Mabel Grogan.

Se enderezó de golpe. Su mirada relampagueó un instante. Tras esto hizo un violento ademán con la mano.

—¡Fuera de aquí todos! —ordenó.

Los tres gorilas vacilaron. Pero una mirada de su jefe les empujó hacia la salida atropelladamente.

Al cerrarse la puerta, Tony Morano se levantó lentamente. Empuñó mi revólver y se lo guardó en su bolsillo. Rodeó la mesa.

—Y ahora, pesquisa, hable. Y aprisa.

—Usted y ella eran amigos —afirmé.

—¿Y bien?

—Yo diría que algo más que amigos.

—Siga.

—Según mis noticias ella era su amante.

—Sus informes son ciertos. ¿A dónde quiere llegar?

—No lo sé. Estoy tanteando el terreno. Me pagan para que lo haga.

—¿Para que haga qué?

—Encontrar algo que ella tenía. Aparte, naturalmente, de echarle el guante al cerdo que le retorció el cuello.

Me sorprendió descubrir una extraña mirada en sus ojos. Era un tipo magnífico, esbelto y de facciones correctas. Uno comprendía que las mujeres perdiesen la brújula por él.

—¿Quién le paga? —quiso saber.

—Ésa es una pregunta que no voy a responder.

—Es igual. Creo que lo sé...

Me dio la espalda, apartándose de mí. De pronto se detuvo y

giró violentamente.

—¿Qué es lo que quiere de mí? ¿Cree que yo la maté?

—No puedo saberlo... aún. Lo único que quiero de usted son informes.

—¿De qué clase?

—Oh, generalidades —sonreí, con una seguridad que estaba muy lejos de sentir—. Veamos... ¿Le habló Mabel de ciertos documentos?

Un relámpago brilló en su mirada. Era la segunda vez que sus ojos reflejaban un amenazador fuego interior.

Sin embargo, su voz era normal cuando murmuró:

—No sé de qué me habla.

—Creo que miente. Mabel le amaba a usted. Para ella no era solamente una aventura su relación amorosa...

—Cuidado, desgraciado —gruñó—. No ensucie el nombre de Mabel, porque tampoco para mí era una simple aventura.

Quedé helado. Jamás hubiera sospechado que Morano fuera capaz de experimentar sentimiento alguno por una mujer.

—Está bien —seguí—. Lo único que quiero es hallar esos malditos papeles. Si es cierto que ustedes se amaban, ella no debió tener secretos para usted. Forzosamente debió hablarle de los documentos.

—No lo hizo.

—Miente, Morano.

—No abuse de su suerte, desgraciado. Nadie me ha llamado embustero hasta ahora.

—Yo sí.

Levantó la mano y la estrelló contra mi cara. Fue un bofetón bien dado, con el revés de la mano, y puso en él la suficiente fuerza para hacerme tambalear.

Cuando le miré, él estaba apuntándome con mi revólver. En sus ojos había una mirada glacial.

—A pesar de eso, Morano, sigue siendo un embustero.

Volvió a abofetearme, esta vez con la mano izquierda. Después masculló:

—¿Tiene bastante desgraciado?

—Está usted comportándose como un imbécil. Si realmente quería a Mabel debería usted ayudarme en lugar de mentirme.

Le vi hacer un esfuerzo para contenerse, pero al fin una fría sonrisa afloró a sus labios.

—Es usted duro, Cameron..., o por lo menos lo parece. ¿Qué le parecería entendérselas con mis muchachos? Ellos le quitarían las ganas de hacer preguntas.

—No podrían.

Vaciló. Siguió sonriendo, pero sólo con los labios. Sus ojos eran dos témpanos. Finalmente se relajó y volvió a guardarse el revólver en el bolsillo.

—Tal vez no —murmuró.

Dio media vuelta y fue a sentarse de nuevo detrás de su mesa. Desde allí habló:

—Mabel no me habló nunca de ningún documento.

—¿Hablaron alguna vez de un posible divorcio de ella?

—Sí.

—Bien. Mabel debía saber que su marido no se lo concedería.

—Me dijo que tenía un argumento capaz de obligarle a ceder.

—Ahora estamos llegando a algo positivo —afirmé—. Ese argumento eran los documentos en cuestión. Usted debe tener alguna idea sobre eso.

—Se equivoca. No la tengo.

—Está bien. Supongamos que dice la verdad. ¿Dónde podía guardarlos ella?

—Ni idea, pesquisa. Aunque, si bien lo miramos, no veo por qué tendría que decírselo a usted en caso de saberlo.

—Porque a usted ya no le pueden importar esos papeles, y sin embargo, sí debe importarle ajustarle las cuentas al asesino de Mabel.

—La policía se encargará de él..., si yo no lo he encontrado antes.

—Ya veo. Está intentando ganarles por la mano.

—No exactamente. Me he limitado a lanzar un anzuelo en ciertos círculos.

—¿Dónde solían encontrarse usted y ella?

—En el apartamento de Mabel. Y eso es cuanto voy a decirle, pesquisa. Mejor dicho, le voy a decir algo más.

Se levantó y vino hacia mí. Me miró un instante, y en su expresión no había nada de amable. Añadió:

—Siga usted buscando esos papeles o lo que sea, y trate de encontrar al criminal, pero guárdese como de la peste de envolverme a mí en el asunto. ¿Está claro?

—Perfectamente. ¿Me devolverá ahora mi revólver?

Lo sacó del bolsillo y me lo entregó. Lo metí en la funda.

—Lárguese —ordenó.

Estaba ante mí, impecable, arrogante y seguro de sí. Y me había abofeteado. Bien.

Le sacudí con toda mi alma. Mi puño se hundió en su estómago como si fuera a salirle por la espalda. Tony Mora no gimió doblándose hacia adelante. Su mentón era un desafío... y yo acepté el desafío. Le incrusté el puño en él y el hombre se levantó del suelo y fue a caer sentado junto a la mesa.

Permanecí quieto, mirándole. Tony sacudió la cabeza intentando aclarársela. Sus enrojecidos ojos me buscaron y quedaron fijos en mí. Yo dije:

—Nadie me ha pegado sin recibir la respuesta, Morano. No lo olvide.

—Sucio hijo de perra —balbució, levantándose. Acaricié la culata de «38», pero él se limitó a buscar apoyo en la mesa y desde allí me sonrió.

—A pesar de eso —dijo—, sigue usted siendo un desgraciado, Cameron.

—Seguro. ¿Quiere abrir la puerta para que pueda marcharme?

—Todavía no... ¿Cuánto le pagan por hacer eso?

—Cien pavos al día y los gastos.

—¿Incluidos desperfectos en su físico?

—Incluidos desperfectos.

—Lo que yo digo...

—Como repita lo de desgraciado, Morano —le interrumpí—, le pondré la cara en la nuca. No me gusta.

—Pero lo es.

Rió. Yo no vi la gracia por ninguna parte. Él añadió:

—Sin embargo, me gusta usted. Tiene valor...

—¿Quiere abrir la puerta?

—Un momento.

Sus piernas parecían flojas cuando avanzó hacia mí. Se detuvo a menos de dos pasos.

—¿Sabe usted, Cameron? En cierto modo, usted se parece a mí... Es duro...

—¿Sí?

—Voy a hacer un trato con usted. Siga buscando al criminal. Y si le descubre antes que la policía entréguemelo.

—¿Qué gano yo con eso?

—Diez mil dólares. Pegué un respingo.

—Repítalo —dije. Y aquella voz no era la mía.

—Diez mil a cambio del asesino de Mabel. Ése es el trato. Tardé un poco en reaccionar, pero al fin asentí.

—Trato hecho —dije—. Pero no me gustaría que mis investigaciones me llevaran a usted. Si no es más que un truco para...

—No seas imbécil. Yo quería a Mabel.

—Okay. Se lo entregaré, Tony.

Sonrió fríamente y me alargó la mano. Sin dejar de sonreír, preguntó:

—¿Sin rencor?

—Sin rencor.

Se acercó a la mesa y apretó un botón. La puerta se abrió silenciosamente. Al otro lado me esperaban los dos matones. Pareció que se asombraban no poco al ver el hilillo de sangre que manaba por la comisura de los labios de su jefe, pero Tony ordenó:

—Acompañad a Cameron a la salida. Que nadie le moleste.

Salí sin pronunciar palabra. La puerta se cerró. Me parecía andar en sueños. Era la primera vez en mi vida que alguien me ofrecía una suma semejante...

Diez mil dólares.

CAPÍTULO IV

Llegué al lado de mi coche y me detuve. Las palabras de Tony seguían zumbando en mis oídos igual que moscardones. ¡Diez mil machacantes!

Con una suma semejante podría incluso largarme a invernar a Miami...

¡Al diablo! Primero había que ganarlos y eso no iba a resultar nada fácil.

Abrí la portezuela y me instalé ante el volante. Introduje la llave y di el contacto. El motor zumbó obedientemente, y en el mismo instante algo inconfundible se apoyó en mi nuca, y una voz ordenó:

—Cuidado, polizante. Ponga las manos en el volante y no las mueva... Obedecí. El fulano desplazó el revólver y gruñó:

—Cuida de él, Mark.

Así que eran dos. El del revólver pasó por encima del respaldo del asiento y se instaló a mi lado. Oí al otro moverse detrás.

—Siga hacia la playa, pesquisa —ordenó el pistolero—. Y ponga mucho cuidado... Ninguna compañía de seguros le aceptaría a usted una póliza ahora.

—Ya veo... ¿Qué clase de asalto es éste?

—Chitón.

Conduje alejándome más de la ciudad. El llamado Mark gruñó al cabo de unos minutos:

—¿Estás seguro del sitio?

—Seguro —respondió el otro—. Es ideal para el trabajo. Yo no comprendía nada de todo ese manejo. No podía creer que fuesen hombres de Morano. No tenía sentido. Y si no eran secuaces de él, aún lo entendía menos.

Rodamos por la desierta carretera hasta que ésta empezó a

discurrir junto a la playa. Las dunas formaban lánguidas sombras de caprichosa forma. Todo aparecía completamente desierto.

De pronto, el revólver hurgó en mi costado y el pistolero ordenó:

—Atención ahora, polizonte. Hay un camino a la izquierda que se adentra en la playa... Entre en él. Allí...

Seguí obedeciendo pacíficamente. No tenía otro remedio. El camino era de arena y el coche empezó a dar bandazos.

Mi vecino gruñó:

—¡Espacio, maldita sea!

Le miré de reojo. Era un individuo corriente, sin nada en él que destacase. Vestía un gastado traje gris, camisa blanca y corbata estampada de colores chillones. Tenía unas facciones irregulares y ojos pequeños y muy juntos. Podría haber sido cualquiera cosa en lugar de pistolero.

—Deténgase aquí —ordenó secamente.

Cerré el contacto. Al apagarse el motor cayó un extraño silencio. La voz de Mark surgió en un murmullo:

—Voy a apearme. Ten cuidado de él.

Saltó del coche. Vino a mi lado y abrió la portezuela.

—Abajo, pesquisa.

Obedecí. Me llamó la atención su extraño acento. Si bien hablaba correctamente el inglés, había un deje extraño en él que no acerté a identificar de momento. Me incrustó su arma en la espalda mientras su compañero descendía del coche y venía hacia nosotros.

—Muy bien, eche a andar —ordenó.

Me empujaron por entre las dunas. La arena penetraba en mis zapatos al hundirse éstos. El sudor empezó a correrme a lo largo de la espalda. ¿Irían a liquidarme fríamente? Y..., ¿por qué no me habían quitado el revólver? Debían sospechar que yo iba armado.

Como si hubieran adivinado mis pensamientos, Mark dijo:

—Quieto ahora.

Los dos llevaban las armas en la mano y estaban situados uno delante y otro detrás de mí. Sentía la mano de Mark recorrerme el cuerpo hasta dar con el «38». Lo sacó, todo ello en silencio. Después gruñó:

—Bien, ahora podemos hablar. ¿Dónde están los papeles? La sorpresa me dejó mudo. El otro apremió:

—Vamos, no perdamos tiempo. ¿Dónde los guardó?

—¿De qué papeles están hablando? —balbuceé, incapaz de reaccionar.

—No empiece a andarse por las ramas, Cameron. Sabe muy bien a qué documentos nos referimos. Los que se llevó del apartamento de Mabel Grogan. ¿Dónde están ahora? Porque sabemos que no los ha devuelto a míster Grogan todavía.

—Ustedes están locos. No encontré ningún papel.

—Bien, si quiere hacer las cosas difíciles...

Sin previo aviso, Mark estrelló el revólver contra mi cara. Sentí como si me arrancaran la mejilla a lo vivo y caí lo mismo que un fardo. La blanda arena hizo que el golpe fuera suave. De nuevo hablaron:

—Si lo quiere así...

Uno de ellos, no sé cuál, me pateó dos veces. Rodé por la arena intentando escapar a semejante castigo. Rieron. Para ellos era un divertido juego todo aquello, y yo estaba a su merced, desarmado e impotente.

Cerré los puños sintiendo una oleada de ira. La arena chirrió suavemente entre mis dedos. Abrí las manos y volví a cerrarlas.

Me levanté, tambaleándome. Ahora los dos estaban ante mí, seguros de su superioridad, riéndose y esperando atizarme otra vez.

Di dos pasos acercándome a los dos matones. La noche era muy oscura porque no había luna, pero pude distinguir las armas en sus manos. Las empuñaban sin mucho nervio, seguros de que no podía atacarles con las manos desnudas...

Pero mis manos ya no estaban desnudas. Tenía en ellas miles de granitos de arena... Dos puñados de arena de los que dependía mi vida.

Se los arrojé a la cara súbitamente. Les di de lleno en los ojos, pero no esperé a asegurarme de mi puntería. Me aparté de un salto colocándome al lado de Mark. Los dos rugieron de furor, sorprendidos.

Le solté un puntapié a Mark, donde más podía dolerle. Se dobló con un gemido. Junté las manos y las descargué como una maza en su nuca y dejó de gemir, derrumbándose como una res apuntillada. El revólver quedó medio enterrado en la arena.

Estábamos a cuatro o cinco pasos del otro asesino, que se restregaba los ojos furiosamente con una mano, mientras con la otra

describía un círculo empuñando el revólver.

Me lancé de cabeza al suelo, junto al desvanecido Mark, y mi mano cayó sobre el revólver. En el mismo instante sonó un disparo, y otro... Un surtidor de arena se elevó ante mis narices. Mark se movió un poco. Pero yo ya tenía el arma en mi mano. La levanté y apreté el disparador frenéticamente.

La silueta del gánster se dibujaba nítidamente contra el oscuro cielo. Le vi encajar los proyectiles, saltar hacia atrás empujado por ellos abriendo los brazos y soltando su revólver. Se derrumbó y quedó quieto. En el aire flotó el acre olor de la pólvora y en mis oídos retumbaba todavía el seco estampido, cuando ya corría hacia él.

No había duda de que estaba muerto. Tenía la cara destrozada por un balazo, y dos más se le veían en el pecho. Su llamativa corbata tendría un color más de ahora en adelante.

Regresé al lado de Mark, siempre empuñando el revólver que había pertenecido a éste. Y allí tuve otra sorpresa. Mark estaba muerto. Uno de los disparos de su compañero le había clavado contra la arena.

Eso me dio una idea. Limpié rápidamente el revólver que empuñaba y lo puse en su mano, de manera que sus huellas quedasen impresas en el arma. Luego lo dejé allí. La policía tendría un caso clarísimo de pelea entre pistoleros.

Mis manos temblaban. Comenzaba la reacción natural después de la tensión nerviosa y el terror. Eché a correr hacia la carretera, y cuando llegaba al coche vi una luz moviéndose entre las dunas. Alguien acudía, atraído por el ruido de los disparos.

Y entonces me quedé inmóvil, llamándome estúpido en todos los tonos. Recordé mi revólver, que había quedado en poder de Mark. Y era un arma registrada legalmente, a la que la policía podría seguir la pista con toda facilidad.

La luz de la linterna se acercaba cada vez más a donde estaban los dos cadáveres. Si llegaba hasta ellos, yo no podría hacer nada.

De nuevo eché a correr desandando el camino. Alguien gritó:

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí?

No respondí. Llegué junto al cuerpo de Mark y busqué en sus bolsillos frenéticamente hasta sacarle mi «38». El tipo de la luz volvió a gritar, mucho más cerca:

—¡Eh, usted!

Dirigí mi revólver a la arena, junto al cadáver del pistolero y apreté el gatillo. El estampido resonó como un cañonazo.

La luz de la linterna se apagó de golpe. El espíritu heroico del curioso noctámbulo se esfumó rápidamente y escuché sus pasos que se alejaban a todo correr. Yo le imité, pero en dirección a la carretera.

Salté dentro de mi coche, le di la vuelta y salí disparado sin preocuparme de los bandazos que daba. Al desembocar en la carretera suspiré, aliviado, y hundí el acelerador a fondo. Pensé que había vuelto a nacer.

No aflojé la marcha hasta llegar a la ciudad. Busqué un lugar donde estacionar, y allí, con la ayuda de la luz interior, contemplé mi cara en el espejo retrovisor. Tenía una mejilla cubierta de sangre. Traté de limpiarla lo mejor que pude y apareció un corte producido por el golpe del revólver. Me dolía como mil diablos, pero en semejantes circunstancias eso no importaba. Tomé rumbo a mi casa. Necesitaba una ducha y un trago para volver a ser Max Cameron.

CAPÍTULO V

Mientras me frotaba vigorosamente con la toalla, después de la ducha, intenté comprender lo sucedido. No llegué muy lejos. No veía la razón del ataque ni de la aparición de los dos criminales. ¿Quién los había enviado? Me dije que empezaba a tener una montaña de preguntas sin respuesta.

No tenía explicación que la policía me hubiera soltado tan fácilmente en medio de una sesión de tercer grado. Tampoco la había en la reticencia de míster Grogan en decirme qué contenían los documentos que debía buscar. Y la actitud de Tony Morano tampoco quedaba muy clara que digamos. No se ofrecen diez mil dólares así como así en estos tiempos...

Arrojé la toalla y empecé a vestirme. Pero antes de ponerme la camisa decidí que me había ganado un trago, de manera que tomé la botella, llené un vaso hasta la mitad y le añadí hielo. Después de vaciarlo, el mundo comenzó a tomar forma de nuevo, así es que repetí la dosis y el cuerpo lo agradeció.

Estaba saboreando la tercera dosis de semejante medicina cuando llamaron a la puerta. Miré el reloj. Eran exactamente las dos y cuarto de la madrugada. Una hora un tanto intempestiva para visitas.

Empuñé el «38» y me acerqué a la puerta. Desde un lado de ésta pregunté:

—¿Quién?

—Abra, por favor. Necesito hablar con usted... Di un respingo. Estábamos en la noche de las sorpresas, ya que la voz era de mujer.

Alargué el brazo y descorrí el cerrojo.

—Adelante —invité. Y el cañón del revólver quedó fijo en la entrada. No estaba dispuesto a fiarme ni de Afrodita en persona.

Y la dama que entró muy bien podía haber sido la diosa en carne y hueso. Era alta, de majestuosa figura, con curvas suficientes para marear a cualquiera con la cabeza mejor sentada que la mía. Sus senos eran altivos, y la estrecha cintura realzaba la firmeza de sus caderas.

Me encontré mirando al par de ojos más hermosos que yo recordaba haber visto jamás. Unos ojos verdes que adornaban un rostro de belleza turbadora, incitante, casi inquietante en su perfección.

Aquellos ojos descendieron hasta posarse sobre el revólver. Los rojos labios sonrieron burlonamente.

—¿Así recibe usted a las visitas, míster Cameron?

Tenía una voz un tanto ronca; sensual. Era semejante a una caricia.

—A estas horas —dije—, y en esta noche, sí. Cierre la puerta.

La cerró cuidadosamente. Le señalé el interior con el cañón del «38».

—Pase y póngase cómoda —indiqué—. Y si es posible deje el bolso lo bastante lejos de usted para que yo pueda darle un vistazo.

Rió y caminó hacia el interior. Tenía un andar subyugante, como esas artistas que pasean calmosamente por la pasarela para encandilar a los calvos de las primeras filas.

Dejó el bolso sobre la baja mesita y ella fue a sentarse en una butaca. Sus movimientos tenían la gracia de una pantera. Cruzó las piernas, con lo cual me ofreció una tentadora panorámica de sus encantos.

Abrí su bolso y le di un vistazo. No había ningún arma en él. Bien, después de todo quizá estaba pasándome de rosca.

Guardé el revólver en el bolsillo del pantalón y me dejé caer en el diván.

—Espero que tenga una buena razón para esta visita —dije.

—¿Qué le pasa a usted, míster Cameron? —Runroneó—. ¿Está asustado?

—Tengo ciertos motivos para estarlo. Y ahora veremos qué es lo que desea de mí.

Sonrió. Sus dientes brillaron entre el rojo sangre de los labios. Me maravilló su aplomo.

—Si usted fuese un caballero. Cameron, me hubiera ofrecido un

trago...

—Afortunadamente no soy un caballero. ¿Quiere hablar de una vez? No creo que esté aquí por el placer de verme.

—Cierto. Quiero discutir de negocios con usted.

—Ajá. ¿Qué clase de negocios?

Seguía sonriendo. Pero en sus brillantes ojos había una mirada fría y alerta. Dijo suavemente:

—Me pregunto qué estaría usted dispuesto a hacer por cinco mil dólares... Di un respingo.

—Por lo visto, ésta es mi noche de oro. Todo el mundo me propone hacerme rico.

—¿Sí?

—Me han ofrecido diez mil hace cuatro o cinco horas.

—¡No me diga...!

—¿Qué quiere usted a cambio de esos cinco grandes?

—Digamos que... Bien, necesitamos su colaboración.

—¿Necesitamos? —La miré a la cara y añadí—: ¿Usted y quién más? Vaciló. La sonrisa se borró de su cara.

—De momento soy yo quien le hace la oferta. No se preocupe de nada más.

—Está bien, usted hace la oferta. ¿A cambio de qué?

—De lo que retiró del apartamento de Mabel Grogan.

Me eché hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo del diván. Pensé rápidamente, sin apartar la mirada de la hermosa cara de la desconocida.

—Así que es eso —murmuré.

—Exactamente. Así de fácil. No creo que John Grogan le haya ofrecido esa suma.

—No, realmente no la ha ofrecido.

—No perdamos tiempo, Cameron. ¿Acepta?

—No corra tanto, encanto. ¿Quién es usted?

—¿Cree que eso es importante?

—Para mí, sí.

—Mi nombre es Irma Thomas. ¿Le dice algo eso?

—Por lo menos sé cómo llamarla. Irma... Es un hermoso nombre.

—No divague; polizante. Estamos hablando de negocios.

—Sí, claro... ¿Cree usted que lo que pide no vale algo más de

cinco billetes?

—No para mí.

—Sin embargo, hay alguien dispuesto a pagar mucho más. Noté que se sobresaltaba. Cuando se serenó quiso saber:

—¿Grogan?

—No.

Se levantó de un salto y dio unos pasos de un lado a otro, inquieta. Quedó de espaldas a mí, muy cerca de la ventana. Desde allí preguntó:

—¿Cuánto le han ofrecido?

—Diez mil.

Se estremeció, pero siguió dándome la espalda cuando dijo:

—Es una locura. No puedo llegar a esa cantidad.

—Lo siento.

Giró en redondo. Sus ojos centelleaban.

—¡Lo siente! —gritó, enfureciéndose por momentos—. ¡Usted es...! ¡Es...!

—No lo diga, Irma —la atajé—. Sea como sea, está perdiendo el tiempo.

—¿Por qué dice eso?

—Porque yo no tengo esos documentos. No me llevé nada del apartamento de Mabel.

—No puedo creerlo...

—Es cierto. Y no es usted sola en ir detrás de esos malditos documentos, sean lo que sean. Han estado a punto de matarme esta noche para apoderarse de ellos.

Su furia dejó paso a una expresión de temor. Su voz tembló al preguntar:

—¿Quién... quién desea esos papeles, aparte de Grogan? Me encogí de hombros.

—No lo sé, pero sea quien sea emplea asesinos para lograr lo que quiere.

—¡Santo cielo! —exclamó, retorciéndose las manos, nerviosa y más asustada cada vez.

—Vamos a ver si ponemos esto en claro —determiné—. Dígame qué contienen esos papeles, Irma. Tal vez pueda ayudarla si dejo de andar a ciegas en este asunto.

Sorprendida, me miró como si me viera por primera vez.

—¿No se lo ha dicho míster Grogan?

—No.

Volvió a darme la espalda y de nuevo se acercó a la ventana, y allí se quedó, mirando pensativamente la oscura noche. Pero ahora la seguí y fui a colocarme junto a ella.

—Escuche, monada —traté de convencerla—; debe convencerse de que usted es demasiado débil para andar metida en esta clase de juego. Los que lo están jugando son asesinos profesionales, gente que no se detiene ante nada. ¿Qué cree que puede usted hacer ante semejantes enemigos? Si se confía a mí quizá pueda hacer algo por usted.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No puedo hablar... —balbució.

De pronto estalló en sollozos y ocultó la cara entre sus manos. Yo iba de sorpresa en sorpresa. La tomé por los hombros y le obligué a dar la vuelta. Lo único que conseguí fue que ella se dejase abrazar, y siguió llorando con la cara apretada en mi hombro desnudo. Una corriente cálida me recorrió de arriba abajo. Su cuerpo era sacudido por los sollozos, y sentirlo apretado contra mí no contribuía a serenarme.

Notaba la calidez de su piel en mis manos y en mi pecho. La cosa estaba complicándose cuando al fin levantó la cabeza. Un velo de lágrimas enturbiaba sus ojos al mirarme.

—Lo siento, yo...

La interrumpí por el procedimiento más expeditivo. Incliné la cabeza y le cerré los labios con un beso. Resultó una caricia suave al principio, pero pronto dejó de serlo para convertirse en un estallido en el cual ella puso su parte también.

Cuando la solté jadeaba violentamente. No habló. Se limitó a mirarme sin sonreír en absoluto. No reconocí mi voz cuando hablé:

—¿Se siente mejor?

Afirmó con un movimiento de cabeza. Sonreí:

—Es un tratamiento que casi nunca falla.

Desvió la mirada. Pensé que se sentía violenta y respeté su silencio, aunque sin cesar de darle vueltas al asunto. Me intrigaba enormemente el interés de Irma por aquellos condenados papeles.

Cuando recobró parte de su entereza levantó los ojos y clavó en mí su brillante mirada.

—¿Me da su palabra de que no recuperó los documentos? Sacudí la cabeza y luego afirmé:

—Nunca los he visto. No voy a ocultarle que registré el piso de Mabel Grogan, pero allí no había nada parecido a documentos.

—No lo comprendo...

—Escuche, Irma, y dejémonos de ir dando rodeos. Grogan quiere los papeles. Usted quiere los papeles y por lo visto hay otros que también los desean y están dispuestos a matar para hacerse con ellos. Y todo el mundo supone que yo los tengo. ¿No cree que por lo menos debería saber qué diablos contienen? No puedo ir de un lado a otro buscando sencillamente un puñado de hojas de papel cualquiera. ¿Quiere decirme qué hay escritos en ellos y trataré de ayudarla?

Durante mi discurso la muchacha había ido serenándose, cuando callé quedé sorprendido del cambio operado en ella. Su mirada se había vuelto fría y distante; y segura, tan segura como no lo había estado desde su llegada.

También su voz volvía a ser la del principio de la entrevista:

—No creo que necesite su ayuda, míster Cameron... Quedé helado.

—¿Ha variado de opinión? —pregunté, desconcertado.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque ahora estoy segura de que no tiene usted los documentos.

Recogió el bolso, sonrió forzadamente y se encaminó a la puerta. Cuando reaccioné casi había llegado a ella. Entonces me apresuré para alcanzarla y la detuve.

—Un momento —dije—. No los tengo, pero puedo buscarlos, y si los encuentro...

No me dejó terminar. Abrió la puerta y antes de salir me dedicó una de sus sonrisas y murmuró:

—No creo que los encuentre usted... Y desapareció.

Atónito, cerré despacio la puerta y permanecí más de un minuto inmóvil, apoyado contra ella. Desde luego, me había encontrado con situaciones sorprendentes a lo largo de mi carrera, pero la presente batía todas las marcas.

Finalmente, busqué mi ropa y terminé de vestirme. Tenía interés

en llevar a cabo cierto experimento. Sin embargo, antes de abandonar el apartamento llamé por teléfono a Morano después de consultar el número de la guía.

Al oír la voz del tahúr pregunté sin rodeos:

—¿Eran de usted los dos perros de presa que estaban esperándome en el coche, cuando he salido de su timba?

—¿De qué está hablando, desgraciado?

—Le he hecho una pregunta.

—Creo que está loco. ¿Quién estaba esperándole?

—Dos gorilas. Llevaban pistolas y creían que por eso podían pisotearme la nariz.

—¿Y no lo han hecho?

—No.

—Lástima. Pero le doy mi palabra de que ese número no lo he organizado yo, Cameron.

—Me gustaría estar seguro de eso...

—¡Oh, al diablo! ¿Qué ha sucedido con esos dos gorilas?

—Ya supongo que le gustaría saberlo.

Colgué el auricular sin esperar su respuesta. Estaba casi seguro que Morano había dicho la verdad, lo cual complicaba las cosas.

Bien, abandoné el piso y bajé a la calle. Me detuve en la acera para encender un cigarrillo. Al apagar la cerilla aproveché para dar un vistazo a ambos lados sin descubrir nada sospechoso. Sin embargo, eso no quería decir nada. Caminé sin prisas hacia donde había dejado el coche, me acomodé en él y lo despegué de la acera, alejándome sin apretar demasiado el acelerador.

Nadie me siguió. No tenía sentido.

Di unas vueltas por los alrededores, con la mirada atenta a los coches que venían detrás. Nada. Ni rastro de ningún perseguidor.

Quedé convencido de que nadie sentía interés por mis andanzas y entonces sí hundí el pie. El motor soltó un rugido y el coche se lanzó calle adelante como un bólido. Pensé en lo que me había dicho mi cliente:

«Cien dólares al día no se ganan sin dificultades». Bien; yo iba en busca de dificultades. Aparqué el coche a cierta distancia de mi meta. Cerré el contacto, pero dejé la llave puesta por si al volver tenía excesivas prisas. Hecho esto avancé por la acera con paso despreocupado.

El edificio donde había vivido Mabel Grogan estaba a oscuras y con la puerta de la calle cerrada. No se distinguía un alma en todo lo que alcanzaba la vista y esto me decidió. Trabajé medio minuto en la cerradura hasta que conseguí abrirla silenciosamente. Guardé la ganzúa, entré y cerré, pero sin dejar que el cierre encajase en su ranura. Siempre pensando en la posible salida precipitada.

El interior estaba oscuro como un pozo. Aunque yo recordaba el zaguán, tanteé con cuidado para evitar todo ruido hasta alcanzar las escaleras. Subí despacio, pisando como un gato.

Ante la puerta del piso escuché conteniendo el aliento. No creía que la policía hubiera dejado allí ningún sabueso, pero quise asegurarme.

Nada. Silencio.

Deslicé los dedos a lo largo de la unión de puerta y montante hasta que encontré lo que andaba buscando. Un precinto.

Eso indicaba que dentro no había nadie.

Saqué la delgada lámina de acero y de nuevo violenté aquella puerta. Tenía que romper el precinto policiaco, lo cual constituía por sí solo motivo suficiente para encerrarme hasta el fin de mis días, pero ya otras veces había corrido semejantes riesgos.

Adelante.

Entré y volví a cerrar. Saqué la pequeña linterna eléctrica y la línea de luz me orientó. Vi que todo estaba igual que cuando había estado allí anteriormente, aunque mucho más revuelto. Los polis no se distinguen por su delicadeza cuando efectúan un registro.

Bueno, allí estaba. Ganándome los cien pavos diarios. Despacio, con infinito cuidado y procediendo con método, pasé todo el apartamento por el tamiz. Ya sabía que no hallaría los documentos, de eso estaba seguro; pero esperaba tropezar con algo que, bien interpretado, me diera una idea del escondrijo de ellos.

Al fin creí haberlo encontrado, aunque maldito si sé por qué experimenté tanta seguridad.

Era una llave. Una simple llave, delgada y brillante, que entre mis dedos adquiría el valor de un símbolo.

Para más seguridad la probé en la cerradura de la puerta. No encajaba.

La guardé y seguí revolviendo el resto del piso. No encontré nada más de interés, si exceptuamos una inmensa cantidad de

vaporosas prendas femeninas, multicolores y de todos los tamaños. Pensé que me hubiera gustado ver a Mabel Grogan, viva, y cubierta solamente con aquellos pedacitos de nylon.

Sacudí estas ideas y abandoné el piso. Me alegró pensar que el teniente

O'Toole

pegaría un brinco cuando viera los violados precintos. Así tendría algo en qué pensar.

Acariciando la llavecita volví a casa. Y me acosté pensando en ella...

CAPÍTULO VI

A la mañana siguiente, tras el acostumbrado desayuno, busqué en los periódicos alguna noticia sobre el jaleo de la playa. Allí estaba, en grandes letras negras. Por lo visto, el héroe de la linterna había perseverado en sus inquietudes cívicas después de alejarme de allí y había dado aviso a la policía. Ésta se inclinaba a pensar en un ajuste de cuentas entre gánsteres, y hacía cábalas sobre la identidad del pistolero que había huido ante la llegada del noctámbulo.

Pero no decían una palabra sobre la identidad de los dos muertos, que era lo que realmente me interesaba. Como compensación, añadían algo que me hizo dar un respingo. La policía había sacado moldes de las huellas dejadas por el coche en la arena y estaban seguros de poder identificarlo. Maldije sonoramente. Con eso no había contado. Tiré el periódico y me largué, más nervioso que de costumbre. Tal vez por ese nerviosismo decidí dejar el coche en el aparcamiento público y tomé un taxi que me llevó en unos minutos a donde deseaba ir.

Desde la acera levanté la mirada para contemplar el imponente edificio en cuya cumbre campeaba el rótulo de publicidad del periódico *Tampa Sun*. Por la enorme entrada circulaba un río de gente apresurada. Me sumergí en la corriente y cinco minutos después estaba plantado frente a la mesa de Terry Fisher, un entrometido reportero de la vieja escuela.

—No me digas que tienes algún reportaje para mí —fue su manera de saludarme.

—No lo tengo ahora, pero tal vez pueda proporcionarte algo bueno dentro de poco.

—¿Sí? —me contempló con suspicacia y añadió—: Cada vez que me has dicho algo parecido he acabado envuelto en un lío de todos

los diablos.

—Pero has conseguido los mejores reportajes de tu carrera.

—Bueno, eso de los mejores habría que discutirlo, pero vamos a dejarlo. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Sabes que la policía me aplicó el tercer grado?

—¿De veras?

—Ajá.

—Me hubiera gustado verlo.

—Estoy seguro de que te hubiera gustado. Pero lo que me interesa es que averigües por qué me soltaron.

Se enderezó, súbitamente alerta, y quiso saber:

—¿Es que según tu criterio no debían haberte soltado?

—No, tal como me tenían amarrado. Escucha...

Le conté a grandes rasgos lo sucedido, y no se necesitaba ser ningún lince para comprender hasta qué extremo le interesó mi relato. Cuando terminé comentó suavemente:

—Así que eras tú el que encontraron junto a esa mujer...

—Yo mismo.

—Tienes razón.

O'Toole

no te hubiera soltado jamás. Te tenían crucificado.

—Ahí está lo desconcertante. ¿Quién se interesó por mí, y por qué lo hizo? Como comprenderás, yo no puedo ir a la policía y preguntarlo, pero tú tienes relaciones en la Central.

—Lo intentaré. Empieza a interesarme el asunto. Quizá consiga un buen reportaje con el que cerrarle la boca al jefe. Dice que no me gana el sueldo que me pagan.

—Soy de la misma opinión.

Me dedicó una sonrisa irónica y se levantó.

—No te muevas de aquí —dijo. Y salió.

Encendí un cigarrillo y curioseé las montañas de recortes de periódico, hojas mecanografiadas y demás papeles que inundaban la pequeña oficina. Después, aburrido, me acerqué a la ventana y contemplé el tráfico que discurría por la calle, veinte pisos más abajo.

Tardó diez minutos en regresar. Parecía desconcertado.

—Que me aspen —soltó después de cerrar la puerta.

—¿Y bien?

—¿Tienes amistad con el fiscal del distrito?

—¿Con el D. A? Ni siquiera lo conozco.

—Fue él quien dio la orden de ponerte en libertad.

Pegué un respingo. O yo estaba volviéndome loco, o nada de todo el condenado caso tenía sentido.

—El fiscal... —murmuré, atónito.

—¿Qué te parece?

—Es algo sorprendente, Terry. ¿Por qué tenía el fiscal que meterse en esto? Puede decirse que en mi tenía una condena segura, un triunfo que le daban en bandeja y liado con una cinta de colores... Lo único que tenía que hacer era empapelarme. Y va y me suelta. No tiene pies ni cabeza.

—Escucha, Max —refunfuñó el periodista—; ¿qué hay detrás de ese crimen?

—No tengo ni idea.

—¿Sigues trabajando en él?

—Sí, por cuenta de míster Grogan.

Callé todo lo referente a los documentos. No era el momento todavía de airear esta faceta del caso.

Terry, tan desconcertado como yo, gruñó:

—Mi nariz de periodista olfatea un gran asunto, pero que me ahorquen si sé por dónde agarrarlo... ¿Qué piensas hacer ahora?

—Seguir el trabajo. Veremos si el fiscal sigue tan interesado en protegerme.

—¿Por qué no te entrevistas con él? Tal vez...

—No. Si quiere algo de mí que me llame, aunque no puedo comprender su intervención.

Abandoné la ventana y caminé hacia la puerta. Terry echó a correr y me alcanzó cuando ya había abierto. Exclamó:

—¡Eh! No vas a dejarme de lado ahora, ¿verdad, pesquisa?

—Te mantendré informado, pero no quiero llevarte pegado a mis talones. Cuando sepa algo te lo diré.

—¿Seguro?

—¿Te he fallado alguna vez?

—¿Alguna? ¡Cuarenta veces, maldito seas!

Cerré de un portazo y me alejé de allí. Había muchas cosas de las que no quería hablar.

Ya en la calle, anduve a lo largo de la acera, pensativo. ¿Qué

podía querer el D. A. para interceder en mi favor? Por un momento estuve tentado de ir a plantearle personalmente esta pregunta, pero opté por no hacerlo. Oficialmente, yo no debí saber quién me había arrancado de las garras del teniente O'Toole.

Llamé un taxi y me hice conducir al domicilio de mi cliente, ordené al chófer que esperara y me acerqué a la puerta. Pero no llamé. Me limité a probar la llave encontrada en el departamento de la difunta Mabel Grogan.

No encajaba tampoco.

Bien, otro tanto a mi favor.

Regresé al taxi y le ordené llevarme hasta los alrededores de mi propia casa y una vez allí lo despedí. Di unos paseos cerca de mi coche por si la policía lo había localizado, aunque era algo muy problemático. Pero nadie muere por exceso de precauciones.

No descubrí nada sospechoso.

Salté dentro del coche y me alejé. Había hecho mis planes y hasta la noche no podía llevarlos a cabo, así es que busqué la autopista del sur y me largué a la playa de Palmetto, al final de la bahía.

Retocé en el agua y luego me tumbé en la arena. Comí allí mismo y volví al agua.

Luego admiré el incesante desfile de mujeres apenas vestidas con los «dos piezas». Parecían andar buscando algo determinado y no se necesitaba ser ningún lince para adivinar lo que era. Lástima que tuviera que trabajar durante la noche... ¡Qué damas!

Las había de todos los colores y tallas, muy jóvenes y ya maduras, con cuerpos de campeonato, cimbreantes cual tallos de palmera, aunque esto es un decir, porque yo no sería capaz de mover un dedo por ninguna de las mil palmeras de los alrededores, y por aquellas muchachas hubiera movido mucho más que un dedo...

¡Al diablo!

Permanecí allí hasta el anochecer. Entonces tomé una ducha, me vestí y cené. Después emprendí el regreso, cuando ya la noche envolvía la carretera y brazos de niebla comenzaban a flotar como grises fantasmas.

Durante el viaje de regreso di los últimos toques a mi proyecto.

Sabía perfectamente que se basaba todo él en una corazonada, pero cualquier investigador privado sabe muy bien que esta clase de presentimientos, o como quieran llamarlos, resultan eficaces un cincuenta por ciento de las veces. Y ésta podía ser una de éstas, aunque para ello necesitaba cierta pequeña ayuda...

Una ayuda que tenía un nombre: Pops.

Un hombrecillo de aspecto insignificante, muy conocido de la policía y con el que ya había tenido tratos en distintas ocasiones.

Naturalmente, para encontrar a Pops era indispensable conocer algunos de los antros que infestan la ciudad, y de los que nunca hablan las guías de turismo.

Yo los conocía todos, y me conocían a mí en la mayoría de ellos.

No di con mi hombre hasta el quinto santuario que visité. Era un tugurio instalado en los sótanos de un edificio desconchado, sucio y maloliente, incluido en uno de esos bloques que desde tiempo inmemorial el Ayuntamiento ha condenado a derribo para adecentar la ciudad. Sin embargo, siguen en pie, nadie sabe por qué razón o milagro.

El interior estaba apenas alumbrado por unas luces indirectas, rojizas, que daban la sensación de encontrarse en la antesala del infierno. Hombres y mujeres hablaban de sus cosas en voz baja, misteriosamente. Algunas de las parejas hacían algo más que hablar, y los camareros se deslizaban, silenciosos, como sacerdotes de un extraño rito. Pops estaba solo, medio derrumbado sobre la esquina de un bajo diván, fumando y mirando con ojos melancólicos el vaso vacío que había sobre la mesita.

No pareció muy contento al verme. Parpadeó y su triste expresión se agudizó hasta lo indecible.

—Hola, Pops —dije, sentándome.

—Hola.

—No pareces muy feliz —reí.

Gruñó. Volvió a dedicar su atención al vaso vacío. Comprendí la indirecta y llamé a un camarero. Pedí dos dobles y no despegué los labios hasta que las bebidas estuvieron servidas. Entonces dije:

—¿Cómo estás de trabajo, viejo?

—Bien.

—Ya. Me pregunto si estarías dispuesto a ganarte cincuenta machacantes, Pops. Hizo un movimiento displicente con su mano

izquierda la derecha la tenía ocupada sosteniendo el vaso pegado a los labios. No lo apartó de ellos hasta que estuvo vacío.

Entonces masculló:

—¡Bah, miserias! Cincuenta pavos... ¡Bah!

—Cincuenta. Y no empieces con tu teatro. No voy a darte uno más.

—¿Teatro? Tú sabes que yo puedo conseguir cien veces más con sólo proponérmelo. Vete al diablo.

Ése era Pops. Y lo grande de él era que cuando soltaba sus fanfarronadas se convencía a sí mismo de que eran ciertas. Un actor nato, que representaba su papel incluso cuando dormía.

—Apuesto a que no tienes ni dos dólares en el bolsillo —le desafié.

Se enderezó un poco, desafiante, pero volvió a dejarse caer perezosamente.

—Tienes razón —gruñó. Pero se apresuró a añadir—: La culpa de eso la tiene mi maldita pereza. Me molesta trabajar de un tiempo a esta parte. Además, la policía no me quita el ojo de encima. No viven de tanto como les preocupo.

—Seguro, Pops. Pero cincuenta dólares merecen tu atención en estas circunstancias. No tendrás que vértelas con ningún polizonte.

Sacudió la cabeza.

—Bueno —concedió al fin—; sólo como información, ¿qué quieres que haga?

—Irás a ver a Tony Morano y le soltarás un cuento que...

—¡Alto! —estalló, indignado—. ¿Pretendes que perjudique a Morano? Estás loco. Morano es de los míos.

—¡No digas tonterías! Morano está tan cerca de ti como la tierra del sol. Irás a verle, y si representas bien tu papel, es posible que consigas un buen pellizco también por su parte. Puedes pedirle cien dólares por tu informe.

—¿Mi informe?

—Mira, Pops; si me dejas que te cuente las cosas a mi manera terminaremos antes, ¿de acuerdo? Bien; el asunto es así, y apréndete bien tu papel porque no pienso repetirte nada, y así es cómo tendrás que contárselo a él.

—Está bien, pero por cincuenta pavos no esperes que acepte cualquier cosa así, por las buenas...

—Cállate ya. Escucha... Le dirás que yo te he contratado para violentar una puerta. Tú no sabías a quién pertenecía el apartamento hasta que has estado dentro.

El piso era de Mabel Grogan una mujer que asesinaron y...

—Ni hablar —me atajó, dramático—. No me meto en asesinatos por menos de cincuenta mil...

No le hice caso y seguí adelante:

—Seguirás diciéndole que una vez dentro yo lo he registrado todo. Hemos roto los precintos de la policía, no olvides mencionar este detalle. Bien, yo he encontrado una llave y cierto papel en el que constaban unas señas y que me he puesto muy contento, y que en mi entusiasmo he comentado algo relativo a Morano y a un nido de amor donde seguramente se reunían él y Mabel Grogan... ¿Me sigues?

—Te sigo. Pero no me comprometo.

—Puedes decirle a Morano que en cuanto has oído eso te has asustado; tú no quieres enemistarte con un hombre como Tony Morano. Además, has pensado que si ibas a informarle a él inmediatamente tal vez te gratificaría con... pongamos... cien dólares... ¿Te aprendes el papel, Pops?

—Eso es fácil. ¿Y qué crees que hará Morano conmigo?

—Darte los cien pavos sin rechistar. Tú acabarás de demostrarle que quieres velar por sus intereses. En realidad, le harás un favor.

—Sí, ¿eh? ¿Y qué seguirá luego?

—Tu trabajo habrá terminado.

—¿Y tú?

—Eso es cuenta mía. ¿Tienes alguna duda?

Vaciló. No le entusiasmaba el trabajo, y esta vez no se trataba solamente de su inconsciente teatralidad. Temía a Morano. Y no era él solo.

Finalmente farfulló:

—¿Me garantizas que si algo le sucede a Morano no podrá liarme a mí?

—En absoluto.

—¿Ni sospechar que le he tendido una trampa?

—No le tiendes ninguna trampa.

—¡No poco! ¿Crees que nací ayer? Tú quieres que Tony salga disparado hacia ese nido de amor o lo que sea, para retirar de allí lo

que pueda comprometerle. Y tú estarás esperando para seguirle y averiguar así dónde está el escondrijo... Ese truco lo conozco yo desde que iba a la escuela.

—Pero ¿tú has ido a la escuela alguna vez? —Reí, pero me costó un esfuerzo disimular mi admiración. Nunca hubiera sospechado a Pops capaz de comprender mis propósitos. Decidí que en su cerebro había algo más que una retorcida personalidad empapada de teatro.

—¿Cuándo debo ver a Morano? —preguntó finalmente.

—Ahora mismo. Lo encontrarás en su timba.

—¿Vas a llevarme tú allí? Porque no pretenderás que vaya en autobús...

—No, irás en taxi. Te daré dinero para pagarlo también. Recuerda todo lo que te he dicho. ¿Estás seguro de no fallar?

—¿Has visto que haya fallado alguna vez, idiota? Vamos, sí que...

No le dije que había fallado cada vez que le habían metido entre rejas. Ya estaba bastante ofendido por mi comentario sobre su educación escolar.

Llamé al camarero, pagué las bebidas y salimos del tugurio, sorteando pies de parejas que, relajados, sobresalían hasta la mitad del estrecho pasillo.

Ya en la calle, di sesenta dólares a mi hombre.

—Diez para el taxi y te sobrarán incluso para volver...

—Cuidado, Max, no vayas a arruinarte —comentó, desdeñoso. Y me soltó, antes de alejarse—. Tienes que saber que asistí a la escuela superior, cosa que no has hecho tú, maldito pesquisa.

—¡Diablo! ¿No terminaste los estudios?

—Me echaron. Por culpa de una chica... Una ninfomaníaca que me llevó engañado a su casa. Después puso el grito en el cielo diciendo que si la había violado, que si por la fuerza... Estaba loca.

—¿Y no era cierto lo que dijo? Se encogió de hombros y gruñó:

—No. No fue por la fuerza ni mucho menos, maldita sea.

Y se alejó de mí con la cabeza gacha, como aplastado por el peso de tanta injusticia. Estupefacto, le vi llamar un taxi y desaparecer de mi vista.

Ése era Pops, uno de los más expertos *revienta pisos de toda la costa*.

Volví al coche y emprendí el camino sin prisas, dándole tiempo

a llegar primero y representar su papel.

CAPÍTULO VII

Llevaba quince minutos esperando, con el coche metido entre los árboles al borde de la carretera, fumando y reflexionando. Si yo estaba en lo cierto y existía un refugio donde se reunían Morano y Mabel, tenía un montón de probabilidades de que fuese allí donde ella hubiera escondido los documentos, incluso sin que él lo supiera. No podía creer que para sus entrevistas hubieran utilizado el apartamento de ella, exponiéndose a poner una temible arma en manos de míster Grogan si alguien los descubría.

Encendí otro cigarrillo con la punta del anterior y arrojé ésta por la ventanilla. Pasó un coche en dirección a la ciudad como una bala. Luego, todo volvió a quedar envuelto en el silencio de la noche.

Regularmente, como una pesadilla, llegaba hasta mí el coloreado resplandor del anuncio luminoso del Rex Club, encendiéndose paulatinamente, letra a letra, y apagándose después de golpe para volver a empezar el ciclo.

Desde mi observatorio podía ver perfectamente el aparcamiento del club, con los coches rutilando bajo las luces, y la puerta principal con el galoneado portero. De vez en cuando, un coche llegaba y el portero desplegaba su actividad. Los que llegaban desaparecían en el interior y todo volvía a quedar quieto y silencioso.

Treinta minutos. Pops debía estar terminando su representación, si no la había terminado ya. Me pregunté qué sucedería si resultaba que no había tal nido de amor. Seguramente Morano se reiría de mí y olvidaría el incidente.

Pero si existía...

De pronto alguien apareció en la puerta. Vi al portero precipitarse hacia un gran Cadillac negro, seguido del hombre que

había surgido del interior del club. Aquel hombre era Tony Morano y a juzgar por sus andares parecía tener prisa.

Bien; así que yo había acertado...

El portero mantuvo la portezuela del coche abierta mientras el tahúr se instalaba ante el volante, y luego la cerró. El golpe resonó en la noche y llegó perfectamente hasta mí.

Apreté el arranque y el motor zumbó suavemente. Puse la primera y mantuve el pie sobre el pedal de embrague. Solté el freno y esperé.

El Cadillac salió disparado a la carretera y sus grandes luces de cola se alejaron a fantástica velocidad. Lancé mi viejo cacharro en la misma dirección y hundí el pie en el acelerador. Si Morano tomaba demasiada ventaja lo perdería sin remedio. Aquel condenado coche semejava un bólido de carreras a pesar de su tamaño, más parecido a un acorazado.

Conseguí mantener a la vista las rojas luces de cola. Íbamos a una velocidad condenada por todos los códigos de circulación. Afortunadamente, los patrulleros debían estar mucho más lejos de la ciudad, de lo contrario ya los hubiéramos llevado pegados a la cola.

Al internarnos por las calles la cosa se complicó. El tráfico era todavía intenso y el Cadillac se me escabullía a veces, y otras yo estaba demasiado cerca de él para sentirme tranquilo. Si Morano sospechaba que le seguían, no sería tan idiota de ir directamente al lugar en que yo quería verlo.

Afortunadamente, debía estar lo bastante excitado para no pensar siquiera en la posibilidad de que alguien estuviera detrás de él. Seguramente iba pensando en lo que ocurriría si yo había llegado allí antes que él.

Vi que enfilaba el camino de las colinas, internándose por el barrio residencial. El tráfico ya no era obstáculo, pero aumentaba el peligro de que me descubriera. Le concedí más distancia, hasta que le vi detener bruscamente el coche al lado de la acera. Apagué las luces y el motor a la vez y dejé que la inercia de la carrera llevase el mío hasta el bordillo. Salté fuera y no cerré la portezuela para evitar todo ruido.

Casi corriendo, me acerqué a donde Morano se había estacionado. Por encima de las altas verjas se desplomaban las

ramas de los grandes árboles, cubriendo de sombras la acera. Eso iba en mi favor.

Pegado a la entrada de uno de aquellos jardines, esperé a ver qué hacía el tahúr. Le vi sentado en el coche, a oscuras y mirando fijamente al otro lado de la calle. Miré en la misma dirección y descubrí un pequeño *bungalow* rodeado de un jardín diminuto. Aquella parte de la calle había sido explotada por alguna empresa constructora para edificar una serie de pequeñas residencias uniformes y elegantes. Aquella que miraba mi perseguido debía ser la que me interesaba.

Pero ¿qué esperaba, Morano?

Seguía en el coche, sin fumar, inmóvil, como formando parte de la carrocería. Había algo inquietante en su inmovilidad, de fiera en acecho, dispuesta a asestar un mortal zarpazo...

Me estremecí. Por primera vez se me ocurrió pensar qué estaría dispuesto a hacer Morano para conservar secreto lo que pudiera haber escondido en el *bungalow*. ¿Sería capaz de matar?

La idea no me gustó en absoluto. Pero ya estaba metido en el lío y no era cuestión de volverse atrás.

Al fin, Tony Morano descendió del coche, despacio, y echó a andar calle arriba.

Esperé a que se hubiese alejado para acercarme al Cadillac. Descubrí que el departamento de los guantes estaba abierto y una corriente de hielo subió por mi espalda. Seguramente el hombre llevaba una pistola en la mano, la misma mano derecha que mantenía en el bolsillo mientras simulaba pasear calle arriba.

Dio la vuelta, atravesó la calle y regresó sobre sus pasos. Envuelto en la sombra, le vi andar sin prisas hasta pasar por delante del *bungalow* que había estado vigilando. Lo miró largamente mientras lo rebasaba. Yo ya estaba seguro de que era aquél precisamente el que me interesaba.

Morano dio otra vuelta y de nuevo se alejó calle arriba. Me lancé a través de la calle y sin detenerme salté la decorativa verja de madera y me encontré en el jardín, jadeando, tenso, y esforzándome por ahogar mi ruidosa respiración.

Busqué un lugar donde esconderme. Morano debía estar ya regresando sobre sus pasos.

Descubrí el macizo de rosales trepadores al lado de la puerta.

Las ramas se extendían por la fachada, sostenidas por invisibles cables, pero el grueso del arbusto era suficiente para disimular mi presencia.

Cuando Morano apareció en la acera, yo ya estaba allí detrás, ahogando los juramentos que pugnaban por arrancarme las afiladas espinas de la condenada planta.

Esta vez Morano se detuvo, descorrió el cerrojo de la verja y avanzó por el jardín en dirección a la entrada. Había querido asegurarse de que nadie vigilaba los alrededores ni brillaba ningún destello de luz en ninguna de las ventanas de su nido.

Se detuvo junto a la puerta y buscó en su bolsillo izquierdo. La mano derecha seguía sin aparecer, seguramente empuñando un arma.

Bien; cien dólares al día más los gastos. Y dificultades. Me deslicé fuera de mí escondrijo. Alargando la mano habría podido tocar a mi hombre. Pero mi intención era tocarlo de otra manera.

Levanté mi «38» y sacudí tal culatazo que el tahúr ni se enteró de que le golpeaban. Se desplomó igual que un fardo, sin un quejido. Había ya introducido la llave en la cerradura, de manera que no tuve que hacer más que darle la vuelta, abrir, y meter el inerte corpachón del gran Tony Morano dentro de su propia casa.

Cerré la puerta. Después acomodé al hombre en una butaca, comprobé que estaría bastante tiempo sin sentido, y sin perder más tiempo inicié un metódico registro.

Tardé quince minutos en hallar los papeles. Sólo pude darles un ligero vistazo, ya que no podía perder tiempo en aquellos instantes. Pero pude ver el nombre de John Grogan en la parte superior de las páginas y unos renglones en español en la inferior. Era suficiente.

Los doblé en cuatro y volví al lado del inconsciente Morano. Desde luego, le había sacudido duro. Respiraba entrecortadamente y no daba señales de volver a este valle de lágrimas.

Suspiré. Mi trabajo no había terminado todavía. Eché a correr hasta mi coche, saqué el tapacubos de una rueda, coloqué los documentos doblados allí dentro y volví a colocarlo rápidamente. Hecho esto, regresé a toda velocidad al *bungalow*.

Tony Morano seguía soñando. Entré en la cocina; llené un recipiente con agua y volví a la salita. Encendí la luz, pues ya no necesitaba disimular mi presencia entonces.

Vertí el agua sobre la cara del durmiente Morano y me gustó ver sus muecas al creer que estaba ahogándose. Boqueó igual que un pez y dejó escapar un gemido lastimero. Después movió la cabeza dando la sensación de que iba a desprendérsele del tronco y caer rodando como una pelota.

Y abrió los ojos.

Los tuvo clavados en mí, casi medio minuto, sin reconocirme. Pero cuando la comprensión entró en su castigado cráneo, pegó un respingo y exclamó:

—¡Usted!

Intentó enderezarse, pero hizo un gesto de dolor y volvió a caer recostado contra el respaldo de la butaca. Soltó una sucesión de maldiciones entremezcladas con gemidos. Le costó lo suyo recuperar las fuerzas.

Entonces bramó:

—¡Le mataré por esto, desgraciado!

Buscó frenéticamente en su bolsillo hasta que sacó la mano armada con una automática de pequeño calibre. Le dejé creerse el amo del mundo, entre otras razones porque yo ya había supuesto que blandiría su artillería.

—Muy bien, Morano —dije—. Dispare si quiere, pero será una estúpida manera de darme las gracias por haberle ayudado.

—¡Usted! —gritó—. ¿Usted ayudarme a mí? Lo que ha hecho ha sido golpearme a traición.

—¿Yo?

—¡Naturalmente que usted! ¿Quién si no? Ahora comprendo muchas cosas...

—O está delirando todavía, o es más idiota de lo que aparenta. Le he encontrado tirado ahí, junto a la puerta. Alguien le había atizado antes de llegar yo. Me he limitado a instalarlo en esta butaca y hacerle recobrar el conocimiento. Y me sale con que he sido yo quien le he golpeado. ¿Tiene eso sentido común?

Vaciló, pero estaba demasiado furioso y dolorido para razonar todavía. Gruñó:

—No trate de liarme con sus embustes. Sólo usted puede haber hecho esto. Usted sabía que yo iba a venir aquí.

—Seguimos andando en círculos. Si yo llego a saber que usted se proponía estar aquí esta noche, me hubiera mantenido a mil millas

de distancia. ¿Es que no quiere comprenderlo? He descubierto este domicilio hace apenas dos horas. He estado terminando otro asunto que tenía pendiente y he venido aquí. Y ya le habían atizado cuando he llegado.

Por lo visto mi vehemencia estaba haciendo efecto. Pensé que incluso Pops se hubiera sentido impresionado ante mi representación de honor ultrajado.

Tony Morano se entretuvo en acariciarse la nuca, que por lo visto seguía doliéndole endiabladamente a juzgar por sus muecas, y al cabo de un minuto masculló:

—Quizá sea cierto lo que dice... Pero si lo es, ¿por qué se ha quedado a ayudarme en vez de largarse sin dejarse ver?

Ahí era donde yo tenía que llegar a la cumbre de mi representación. Fingí encontrarme embarazado, vacilante.

—Bueno, a decir verdad... hay varias razones para que yo haya actuado así. En primer lugar, quería echar un vistazo por aquí, ¿comprende? Y después he pensado que, después de todo, usted es mi cliente. ¿Está claro?

Su mirada centelleó. Asintió con un movimiento de cabeza, que le costó otra mueca, y después dijo:

—Ahora creo que dice la verdad. Usted ha aprovechado mi estado para registrar cuanto ha querido.

—Exacto.

La automática se enderezó un poco más y quedó fija en mi estómago.

—Entrégume lo que ha encontrado —ordenó.

—¿Todavía sigue sin comprender lo ocurrido? No he hallado nada en absoluto.

¿Qué diablos cree usted que han estado haciendo los que le han tumbado? Todo estaba patas arriba cuando yo he llegado.

—Ya veo...

Se recostó en la butaca y cerró los ojos. La pistola dejó de amenazarme. Respiré con alivio y pregunté:

—¿No sospecha quién estaba aquí cuando usted ha llegado?

—No.

—¿A quién más podían interesar esos malditos papeles?

—No lo sé. ¡Maldito sea! ¿Cómo quiere que lo sepa? No sé siquiera qué contienen...

Manoteó en el aire para dar mayor énfasis a sus palabras y descubrió la pistola en su mano. La miró como si la viera entonces por primera vez y acabó guardándosela otra vez en su bolsillo.

Suspiré. Había ganado.

Hizo un esfuerzo y se levantó, con sus ojos entrecerrados y fijos en mí. Habló despacio:

—¿Le molestaría que le registrase los bolsillos, pesquisa?

—¿Registrarme? Ya veo... Duda de mis palabras...

—Sí.

—Está bien, si eso ha de tranquilizarle.

Levanté los brazos y dejé que examinara cuanto llevaba encima. Sin embargo, el fracaso de su acción no borró del todo su desconfianza. Murmuró:

—Ha tenido tiempo de esconderlos.

—¿Para tener que volver aquí otra vez? No diga tonterías. Morano.

—Ya pensaré en esto.

Dio una vuelta por la salita, fijándose en el desorden. Después recorrió el resto de la casa y se reunió conmigo mientras comentaba de mal talante:

—No hay duda de que si algo había aquí, ya se lo han llevado — me miró de frente y preguntó—: ¿Cómo ha descubierto este escondrijo, desgraciado?

—No pienso decírselo —negué, siguiendo con mi papel—. Y no me llame desgraciado. Ya le he advertido otras veces. Lo que debía haber hecho cuando hablé con usted fue hablarme de este... nido de amor. Usted se hubiera ahorrado un porrazo y yo no hubiera perdido esos documentos, si es que estaban realmente aquí.

—Cállese. Quiero pensar.

Le dejé otra vez en la butaca y me dediqué a llenarme medio vaso del *whisky* que había descubierto en un mueble rinconera. Mientras lo saboreaba me permití dedicarme a mí mismo un par de felicitaciones por mis dotes de comediante.

—Venga aquí —gruñó Morano.

Me planté ante él, que me examinó de arriba abajo cual si tratase de calibrarme. Después anunció:

—Voy a creerle, desgraciado, después de revisar su coche. Si ha sacado algo de esta casa puede haberlo escondido en su coche para

no tener luego que volver.

Me encogí de hombros antes de soltarle:

—Estoy empezando a pensar que he sido un estúpido en molestarme para ayudarle, Morano. Pero si con registrar mi coche se ha de sentir mejor, adelante. Está estacionado en la calle, un poco más abajo.

—Vamos.

—Siento la tentación de sacudirle yo ahora, aunque sólo sea para ver de qué clase de alcorcho está hecha su cabeza.

No replicó. Apagó las luces y salimos fuera. Él cerró la puerta con la llave que todavía estaba en la cerradura y nos encaminamos hacia mi coche. Pero antes de llegar a él, Morano se detuvo en medio de la acera y sonrió, diciendo:

—Creo que pierdo el tiempo. Si hubiese algo en su coche que usted no quisiera enseñarme no iría tan tranquilo.

—Veo que comienza a pensar con sentido común. ¿Se encuentra bien para conducir?

—Perfectamente. Deme la llave.

—¿Qué llave?

—La que se llevó del apartamento de Mabel.

—¿Cómo demonios sabe eso?

—La llave.

Fingiendo asombro por su inteligencia, le entregué mi hallazgo, que él se embolsó, satisfecho. Entonces me recordó:

—Sigue usted trabajando para mí, pesquisa. No olvide que hay un premio de diez mil dólares al final de la carrera.

—No lo olvido.

Hizo un ademán de despedida y fue hacia su coche. Yo me instalé en el mío y esperé a que él hubiera dado la vuelta para hacerlo a mi vez.

Pronto lo perdí de vista. Tomé rumbo a mi apartamento sintiéndome plenamente satisfecho. Acababa de ganarme el sueldo, y según lo que contuviesen los famosos documentos, podían caer los cinco mil ofrecidos por la desconcertante Irma Thomas.

Cada vez que pensaba en ella sentía una corriente cálida pasearse por mi cuerpo... Decidí que tendría que hacer algo a este respecto.

CAPÍTULO VIII

Eran pasadas las dos de la madrugada cuando detuve el coche a cierta distancia del edificio donde tenía mi apartamento.

Dudé entre sacar los documentos y llevármelos arriba o dejarlos donde estaban. Finalmente pensé que, habiendo otros tipos en busca de los mismos, gente a quien ni siquiera conocía, era mejor dejar los papeles dentro del tapacubos de la rueda. Si el que había enviado una vez sus pistoleros contra mí repetía la broma, no me encontrarían encima lo que andaban buscando.

Cerré las portezuelas y caminé rumbo a casa. Tuve que confesarme que estaba cansado. El día en la playa, con el mar y el sol actuando sobre mi cuerpo, y luego la tensión de la noche, habían dado al traste con mis fuerzas. ¿Sería que estaba haciéndome viejo?

Me detuve ante el portal y saqué la llave. En el mismo instante sonó la voz, calmosa y fría:

—Llevo un siglo esperándole, Cameron.

Giré en redondo y me encontré frente al teniente O'Toole,

que acababa de descender de un auto aparcado frente a la casa. Dentro del vehículo quedó otro hombre de paisano ante el volante.

—¿Qué pasa ahora? —le increpé secamente—. ¿Se aburren ustedes y quieren otra sesión de tercer grado?

No movió un músculo de su rostro, pero se acercó a mí. Gruñó entre dientes:

—Usted tiene sentido del humor, Cameron... Abra esa puerta de una vez.

—Dígame antes qué se propone hacer. Ésta es mi casa, por si lo ha olvidado.

—Lo sé. Quiero hablar con usted, detective.

—¿Y tiene que ser ahora precisamente?

—Sí. Y no agote mi escasa paciencia. He estado todo el día intentando localizarlo. Sólo me faltaba lanzar un llamamiento por la televisión. Vamos, abra.

Abrí la puerta y entré. Él me siguió hasta el piso y luego se dejó caer pesadamente en mi butaca preferida. Acababa de tomar posesión de una plaza conquistada.

Le lancé un sarcasmo:

—Imagino que tendré que invitarle a beber, ¿no es eso?

—Podría hacerlo. Hasta puede que se lo agradezca...

—Ya veo.

Saqué los vasos, hielo y la botella y regresé junto a él. Lo deposité todo sobre la mesita y escancié *whisky* en los vasos.

O'Toole

miró la cantidad que le había servido, gruñó y, apoderándose de la botella, acabó de llenarlo.

—Cuando haga algo, Cameron, hágalo bien. Ésta es mi medida.

Le contemplé mientras paladeaba mi *whisky*. Parecía cansado y amargado. Pensé que todavía le dolía haberme tenido que soltar.

Pero me mantuve callado. Que hablase él. Y habló:

—¿Dónde ha estado metido todo el día y casi toda la noche?

—Ganándome el sueldo.

—Sí, yo también he estado ganándomelo... Supongo que todos tenemos que hacerlo. ¿Sigue trabajando para el mismo cliente?

—Sí.

—¿Quién es?

—John Grogan.

Pegó un respingo, estupefacto. No podía comprender semejante franqueza por mi parte.

—No me mienta, pesquisa —amenazó.

—¿Por qué tendría que mentirle? Míster Grogan es quien me paga para que me mueva por ahí.

—¿Es el mismo que le pagaba cuando le encontramos junto a la mujer muerta?

—Sí.

—Me sorprende usted. Cuando le echamos el guante se negó a darnos su nombre y resistió un tercer grado por mantener la boca

cerrada. Y ahora me lo suelta a la primera, casi antes de que termine la pregunta. ¿Por qué?

—Porque ahora tengo el permiso de mi cliente para mencionar su nombre.

—Comprendo...

Bebí un sorbo y le miré, esperando a que siguiera. No tardó mucho en hacerlo:

—Espero que tenga también autorización de su cliente para decirme qué clase de trabajo es el que está haciendo para él.

—La tengo.

—¿Y bien?

—Me paga cien dólares diarios más los gastos para que descubra quién asesinó a Mabel Grogan.

Yo esperaba que saltase hasta el techo al oírme. No llegó al techo, pero poco faltó. Su cara se congestionó y durante un instante no encontró voz suficiente para soltar lo que se agolpaba en su garganta. Cuando consiguió hablar había perdido la calma:

—¿Qué infiernos creen usted y Grogan que estamos haciendo nosotros?

—No tengo idea de lo que cree mi cliente.

—Y usted, ¿qué opina que estoy haciendo yo con este asunto? ¿Rascarme las narices?

—Usted sabrá. Yo hago el trabajo por el que me pagan, teniente.

—Ya lo veo. No es bastante todo el Departamento de Homicidios para aclarar un crimen. Se necesita un cerebro despejado como el suyo, un sucio cerebro de...

—No lo diga —le atajé—, o me obligará a echarle de mi casa. Si está aquí ahora es gracias a mi condescendencia. Porque sospecho que no trae usted un mandamiento judicial para...

—Está bien, olvídelo —rechinó los dientes y desahogó su indignación vaciando el vaso. Luego prosiguió—: Usted tiene la virtud de sacarme de mis casillas. Y el caso es que yo he venido aquí para cambiar impresiones con usted. Quiero aclarar algunos puntos oscuros.

—Eso está mejor. Siempre me ha gustado colaborar con la policía.

—Sí, ya me he dado cuenta de eso —dijo, mordaz—. Veamos... Usted me dijo que iba detrás de Mabel Grogan para recuperar unos

documentos. ¿Ha dado con ellos?

—No.

—¿Qué clase de documentos son éstos?

—No tengo idea. Míster Grogan no llegó a decírmelo, y después ya sólo le interesaba vengar a su mujer, así es que dejé de buscar los papeles.

—¿Pretende que me crea semejante historia? Me encogí de hombros.

—Es lo único que voy a contarle —afirmé.

—Sospecho que no sabe usted en el lío en que está metido. Cameron.

—¿De veras? Siendo así, dígamelo usted.

—Voy a decírselo... con la esperanza de que comprenda su situación. ¿Sabe quién ordenó su libertad?

—Dígamelo usted también.

—El D. A.

—¿Y bien?

—No parece sorprenderle.

—Hay pocas cosas que puedan sorprenderme a estas alturas. He vivido mucho, teniente.

—Tal vez. Pero dígame; ¿por qué intervino el fiscal del distrito?

—¿Lo sabe usted?

—No con seguridad, aunque tengo una idea. Cuando me telefoneó estaba en compañía de un hombre, con el que acababa de celebrar una entrevista secreta. Un hombre llamado Swatski. Frank Swatski.

—¿Quién es ese caballero?

—Swatski es el jefe de la División del FBI en Florida. Y estaba presente mientras el fiscal ordenaba ponerle a usted en libertad. Ande, ríase, ahora, detective.

Sí, reírme. Malditas las ganas de reír que sentía. Lo que O'Toole

acababa de decir abría infinitos caminos a la conjetura. Y ninguno de ellos me parecía claro. Si hay alguien por quien siempre he sentido profundo respeto son los federales. Nunca había tropezado con ellos.

Ni quería tropezar si podía evitarlo.

—¿Qué pretende decirme con eso, teniente?

—Saque usted mismo las conclusiones que quiera. Ahora bien; por lo que a mí respecta, este asunto es un simple asesinato que corresponde resolver a mi Departamento. Le he hablado de eso por si, sabiendo que los federales andan husmeando alrededor, tiene usted una idea más clara del cuadro. ¿Qué me dice?

—Escuche, teniente; no tengo la más mínima idea de por qué el FBI está metido en esto. Ni tampoco alcanzo a comprender la razón por la cual ese federal hizo que me pusieran en libertad, suponiendo que sea cosa de él.

—De eso no me cabe duda. En cuanto a la razón... Bien, también creo saberla.

Se levantó, disponiéndose a marchar. Tuve que reconocer que me había desconcertado con su extraña visita. No había intentado siquiera saber qué llevaba yo averiguado.

Me levanté también y le apremié:

—Bueno, dígame qué razón es ésa. Sonrió.

—Quieren hacerle servir de carnada. ¿Comprende?

Y se dirigió a la puerta. ¡De carnada!

¡Claro que lo comprendía! Y estaba por creer que

O'Toole

no iba equivocado.

—¡Eh, un momento! —exclamé.

Abrió la puerta sin hacerme caso, pero antes de salir todavía dijo con cierta ironía:

—Lo más seguro es que dentro de muy poco tiempo tenga que investigar otro asesinato, Cameron... El suyo.

Salió y cerró la puerta.

Así que era a eso a lo que había venido. A levantar la liebre, como diría cualquier polizante. A meterme el miedo en el cuerpo para obligarme a moverme. En cierto modo, era algo semejante a lo que yo había hecho con Tony Morano.

Esta vez quien llenó el vaso hasta los bordes fui yo, y tardé mucho menos en vaciarlo de lo que había tardado el policía.

Naturalmente, contempladas las cosas desde este nuevo punto de vista, el panorama cambiaba radicalmente. Y no para mejorar precisamente.

Sentí crecer mi inquietud por los documentos. Y también, naturalmente, la curiosidad por saber qué contenían. Decidí ir por

ellos al coche.

No fue hasta que me encontré en la acera cuando se me ocurrió pensar que quizá fuera eso lo que el teniente estaba esperando.

¿Habría apostado a alguno de sus sabuesos para esperar a que yo apareciese? Sentí un estremecimiento y durante unos instantes no acerté a moverme, indeciso sobre lo que debía hacer. El coche del policía había desaparecido, pero eso no quería decir nada. Y, pensándolo bien, era muy posible que hubiera otra clase de vigilantes por los alrededores.

No podía quedarme allí, en medio de la acera, plantado como un poste. Tenía que hacer algo para justificar mi aparición ante los posibles espías.

Reanudé la marcha en dirección al coche, al mismo tiempo que aguzaba la mirada por si descubría alguna presencia extraña en las cercanías.

No vi a nadie. Pero tampoco llegué al coche. A mitad de camino se desencadenó el huracán. Un sedán se apartó de la acera silenciosamente. Lo vi cuando inició una extraña maniobra, y salté apretándome contra el muro que había a mis espaldas. Una portezuela se abrió mientras el gran coche se deslizaba despacio. Como un relámpago, pensé en la clásica maniobra de raptó y mi mano voló en busca del revólver. Entonces sucedió.

De alguna parte brotó un estampido, un poderoso trueno que retumbó por toda la calle, y acto seguido el infierno estalló en una sucesión de disparos escalofriantes.

El sedán dio un bandazo al mismo tiempo que sus cristales saltaban hechos pedazos. Las balas aullaban rebotando contra las paredes, algunas demasiado cerca de mí. Pero yo ya estaba rodando por el suelo con el «38» en la mano. Desde mi incómoda postura me uní al concierto de muerte mandando bala tras bala contra el coche que ahora se alejaba desesperadamente, describiendo unos extraños zigzags.

Seguí apretando el gatillo hasta ver el enorme vehículo aplastarse contra otros coches aparcados casi en la esquina. Dio un salto de carnero y cayó de lado entre un fragor de hierros retorcidos y cristales rotos. Era imposible que nadie siguiera viviendo dentro de aquel montón de chatarra.

Permanecí todavía unos instantes tendido en la acera, con el

revólver a ras del suelo, aturdido. Hice esfuerzos para pensar con claridad, pero no me resultó nada fácil.

En aquel momento ocurrió algo más. Otro coche emprendió la marcha, alejándose de allí a una velocidad suicida. Levanté el revólver instintivamente y disparé contra el fugitivo. Pero el percutor golpeó un cartucho vacío. Solté una maldición y me levanté de un salto. El coche desapareció en la primera esquina, y lo vi levantarse sobre dos ruedas a causa de la velocidad.

Bien, era asunto de vida o muerte para mí, y ya estaba cansado de andar a ciegas.

Las ventanas estaban poblándose de alarmados vecinos. Algunos aparecían tímidamente en los portales, y en alguna parte, bastante cerca, el silbato de un policía chillaba histéricamente.

Eché a correr hacia el coche estrellado. Para cuando llegué junto a él ya eran muchas las personas que se habían decidido y corrían también en la misma dirección.

Metí la cabeza por una destrozada ventanilla. Había un revoltijo de cuerpos, hierros y tapicerías hecha trizas.

—¿Hay alguien vivo? —grité con voz ronca.

Alguien se movió. Guardé el vacío revólver y agarré el brazo del tipo que se movía allí dentro. Tiré de él y sonó un aullido de dolor. Después, una voz entrecortada gritó:

—¡No, no! ¡Está roto...!

No entendí nada porque el fulano no había empleado el inglés. Yo había oído aquel idioma en México. Era español, aunque maldito si lo entendía.

—Le sacaré de aquí —dije.

Pero no era tan fácil. La gente se agolpaba a mis espaldas, aplastándome contra la destrozada carrocería. Todos querían ver lo que había dentro. Y por si todo esto fuera poco, un polizone empezó a gritar:

—¡Fuera de aquí! ¿Qué diablos esperan? ¡Fuera! Esto no es ninguna fiesta...

¡Dejen paso, maldita sea!

No le hicieron caso hasta que se puso bruto. Entonces consiguió acercarse y por mi parte preferí cederle los laureles. Me aparté también y vi al agente uniformado meter medio cuerpo dentro del auto.

Me abrí paso y, escabulléndome, regresé a casa. La calle estaba atestada de curiosos vecinos, la mayoría en pijama o envueltos en batas caseras. Los comentarios se sucedían con la misma rapidez que antes los disparos.

Antes de llegar al portal sonó una sirena y un patrullero hizo su aparición entre el chillido de llantas castigadas. Al mismo tiempo alguien preguntó a mi lado:

—¿Está usted bien, Cameron?

Pegué un respingo. El hombre estaba junto a mí, mirándome con interés. Tendría unos treinta y cinco años y era corpulento y tan alto como yo.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Me llamo Crane.

—Bien, ¿y qué? No creo conocerle.

—Sargento Crane —puntualizó.

—Debía suponerlo. ¿Dónde está el teniente O'Toole?

—No creo que tarde en llegar. ¿Va usted a su casa?

—Sí.

—Bien, espéreme allí y no se las quiera dar de listo. ¿Comprendido?

—Está bien, pero antes dígame algo... ¿Quién ha iniciado la batalla? Los de ese coche no han sido...

—Los primeros disparos han brotado del auto que ha escapado.

—Eso me ha parecido.

—Vaya arriba y espere.

Lo hice así. ¿Qué otra cosa podía hacer? Amenicé la espera con un vaso entero de *whisky* para sujetar los nervios y luego me entretuve pensando en el absurdo atentado, y en lo absurdo de que uno de los pistoleros hablara español.

Entonces recordé que en los documentos había unas frases en español también y la cosa empezó a tomar forma.

Seguí dándole vueltas al problema hasta que llegó O'Toole.

CAPÍTULO IX

—¿Cree que a mí me gusta ser tomado por un muñeco de tiro al blanco? —estallé.

—Tampoco a mí me gusta su falta de colaboración, Cameron, y usted lo sabe —gruñó el teniente.

Sin duda, el policía estaba furioso. Incluso había olvidado el vaso mediado de *whisky* que reposaba sobre la mesita.

Detrás de su jefe, el sargento Crane fumaba un puro cuyo humo olía a estiércol.

No había despegado los labios desde que habían entrado.

—No puedo decirle más de lo que acabo de contarle —afirmé secamente—. Han empezado los tiros sin apenas advertirlo. Yo estaba seguro que los tipos del coche iban a intentar un rapto conmigo. La maniobra así lo anunciaba, por eso intentaba sacar el revólver cuando desde otro coche parado han iniciado el fuego. Yo he disparado cuando el auto escapaba, aunque el chófer ya debía ir herido porque daba bandazos de un lado a otro y...

—Ahórrese el discurso. El sargento me ha contado todo esto. Usted sólo se muestra locuaz cuando no dice nada nuevo.

—No puedo decirle lo que ignoro.

—Está bien —masculló cansadamente—. ¿Adónde iba usted?

—¿Qué?

—Quiero saber a dónde se proponía ir cuando ha salido de aquí, después de marcharme yo.

—Estaba rabioso. Quería dar un paseo para calmarme.

—Seguro. A las tres de la madrugada.

—¿Por qué no?

—Porque es absurdo. Usted ha salido como resultado de lo que yo le he dicho. Se proponía hacer algo determinado.

—Escuche,

O'Toole

—dije pacientemente—; ¿quiere creer de una vez que no sé nada que pueda ayudarle con respecto al crimen? No tengo la menor idea de quién mató a Mabel Grogan.

No replicó, limitándose a mirarme con fijeza. Gruñó algo incomprensible y alargó la mano para alcanzar el vaso.

El sargento seguía tan mudo como una estatua. Pero en su rostro había una expresión astuta y atenta.

O'Toole

habló después de beber:

—Antes le he dicho que estaban utilizándole de carnaza. Bien; lo sostengo. Y es usted tan idiota que les está facilitando la tarea. Siga así y la próxima vez no podrá contarlos. Estoy convencido de que los ocupantes del coche que ha escapado eran federales. ¿Se da cuenta de lo que significa esto?

—Ya lo he pensado.

—¿Y qué?

—Por lo menos me han salvado el pellejo.

—No son tan altruistas —refunfuñó—. Han estado todo, el día intentando localizarle lo mismo que yo. Y los pistoleros que le esperaban, igual. Han acabado por apostarse abajo esperando su regreso, y si no le han atacado cuándo ha llegado ha sido gracias a que yo y el sargento estábamos delante de su puerta.

—Seguro. Hábleme de los pistoleros. ¿Quiénes eran?

Hubo un silencio. Me pareció que el sargento mordía su puro con más fuerza. El teniente dijo:

—Extranjeros.

—¿Qué ciase de extranjeros?

—Ya lo sabrá a su tiempo. Sin embargo, eso no me preocupa mucho. Lo interesante es el crimen. Ése es mi problema. ¿Cree usted realmente que mataron a la mujer para hacerse con los documentos?

—No lo sé. Aunque estoy por creer que no. El que la mato abandonó el apartamento sin entretenerse en buscar nada. Cuando yo llegué allí ya estaba fuera.

—Suponiendo que no fuera usted mismo quien le retorció el cuello —aventuró el sargento.

Le miré.

—Para decir tonterías es preferible que siga con la boca cerrada —le dije, furioso.

El teniente intervino de nuevo:

—Si no iban tras los papeles, ¿por qué la mataron? —No lo sé...

De pronto sentí unos grandes deseos de ver qué contenían los documentos. Pero había que esperar.

—No nos ayuda usted en nada, pesquisa —refunfuñó O'Toole.

Me encogí de hombros. Dejé que el silencio se hiciera dueño del ambiente. Encendí un cigarrillo. Finalmente decidí preguntar:

—¿Va a durar mucho esto, teniente? Estoy muerto de sueño.

—Me gustaría saber por qué la mataron...

—Eso no responde a mi pregunta.

Me miró distraídamente. Luego murmuró como hablando consigo mismo:

—Empiezo a pensar que hemos estado dando vueltas igual que un perro que trata de morderse su propia cola...

—¿Qué perro?

—Déjese de chistes. Sus malditos documentos nos han obligado a todos a considerar el caso desde un punto de vista equivocado. Hemos dado por supuesto que el crimen se había cometido para apoderarse de los papeles. ¿No es así?

—Por lo menos, eso parece.

—Pues no; no es eso.

—Mire, teniente —estallé, agotado—; lo único que le pido es que se calle y me dejen solo. Quiero dormir, ¿comprende? Solamente dormir como un ciudadano cualquiera.

—Usted no es un ciudadano cualquiera, Cameron. ¿Qué le parece mi idea?

—No quiero pensar en ninguna idea.

No conseguí nada.

O'Toole

siguió con su soliloquio:

—No creo que matasen a Mabel Morgan para apoderarse de los documentos. Debemos buscar otro motivo para el crimen. Nadie mata a una mujer y escapa inmediatamente si anda buscando algo que ella tiene... Otro motivo...

—Celos —gruñí.

—¿Qué?

—Los celos son un motivo tan bueno como otro cualquiera.

—Ya... —Sí, claro... ¿Ha descubierto algo en ese sentido?

—No. El único que podía sentir celos era él marido, y tanto ustedes como yo sabemos y tenemos pruebas de que ella le importaba un bledo a John Grogan. Prácticamente vivían separados. Él tenía sus amiguitas y ella sus amigos.

—Sé todo esto, y usted también por lo que veo. Y siendo así, ¿por qué habla de celos?

—Para no dormirme. ¿Qué está esperando para marcharse? Se levantó.

—Muy bien. Me acordaré de su interés en colaborar con la ley, Cameron. Recuerde que usted depende de una licencia.

—Eso me quita el sueño.

El sargento sacudió el puro y una columna de ceniza impresionante cayó al suelo. Sonrió, feliz. Le maldije mentalmente. O'Toole

le hizo una seña y se encaró conmigo. Dijo:

—Quédese aquí y duerma, pesquiza. Pero luego no se queje de lo que le suceda. Estoy harto de usted.

—Igualmente, teniente... Buenas noches.

Me dejaron solos. Encendí un cigarrillo y me dejé caer en la butaca. Con ellos fuera no tenía necesidad de disimular mi excitación; excitación que había nacido de las teorías del teniente.

Yo también empezaba a creer que habíamos estado equivocados acerca de los motivos del crimen, aunque en aquellos momentos no podía suponer ningún otro que el representado por los documentos.

Cuando me acosté, mi cerebro siguió dándole vueltas al problema. Creo que incluso dormido estuve pensando en lo mismo, como una pesadilla desequilibrada y sin sentido. Todavía duraba al despertar, con el sol lamiendo mi cama y un dolor de cabeza tremendo.

Al mirar el reloj vi que eran casi las dos de la tarde. Intenté despejarme con una larga ducha, pero no conseguí nada. Tomé un par de aspirinas y otras tantas tazas de café negro, me vestí y salí en busca de Terry Fisher, el reportero que esperaba un buen asunto.

Esta vez pude localizarlo en un bar donde solían reunirse la

mayoría de sus colegas. Cuando me vio se dio maña en apartarme a un lado. Como explicación dijo:

—No quiero que esa pandilla de mastuerzos huelan nuestro reportaje...

—¿Nuestro?

—Naturalmente. Te mencionaré a ti, Max, te haré publicidad gratis en mi reportaje. ¿No es eso lo que quieres?

—Un poco de propaganda nunca está de más... ¿Dónde podemos hablar?

—Ahí..., en aquella mesa del rincón. Vamos.

Esperé que el camarero hubiese dejado el servicio antes de volver a despegar los labios. Entonces dije:

—¿Tienes amistad con el redactor de sociedad, Terry?

—Sí, es una chica que...

—Está bien, es cuanto quería saber. Necesito que le hagas un par de preguntas.

—¿Ahora mismo?

—Si es posible, sí.

—Veré de localizarla por teléfono. ¿Qué tengo que preguntar?

—Primero; todo lo que sepa de Irma Thomas y su familia. Tengo la impresión de que figuran en sociedad... Alguna vez ha sonado su nombre en los periódicos.

—Bien; ¿qué más?

—Que te diga también qué posición ocupa John Grogan socialmente.

—Dalo por hecho. Y ahora dime qué noticias tienes tú para mí.

—Cuando vuelvas. Y si tienes que salir a la calle para hablar con ella en la redacción, ten en cuenta que te seguirán.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Tengo un par de sabuesos detrás de mí. Han venido pisándome los talones desde mi casa. Uno de ellos ha entrado hace un minuto y ha vuelto a salir en seguida. Sólo ha querido ver con quién me entrevistaba.

—¿Polizontes?

—Eso creo.

—Bueno, lo tendré en cuenta, aunque no creo que tenga que salir de aquí, si consigo localizar a esa chica...

Se alejó. Quedé esperando, maldiciendo mentalmente al teniente

O'Toole

por aquella vigilancia de que era objeto. Me habían impedido sacar los documentos de su escondrijo.

Mientras esperaba pedí otro café negro y un *whisky*, mi cabeza no se aclaraba y eso aumentaba mi agrio humor. Bebí la mitad del café y entonces le añadí el *whisky*.

Tragué mezcla como si fuera una medicina con la esperanza de encontrarme mejor.

Terry tardó veinte minutos en volver. Estaba satisfecho eso me hizo concebir esperanzas.

—Me pregunto qué sería de ti sin mi ayuda —comentó con petulancia.

—Seguramente tendría que emigrar. Bueno, ¿qué te ha dicho tu amiguita?

—¿Amiguita? Narices. Esa mujer es un cardo.

—¿Vieja?

—¡Qué va! Joven. Y bonita. Pero tiene un carácter endiablado. Bien, esta vez se ha portado decentemente. Irma Thomas es una muchacha con una regular fortuna heredada de su padre. Tiene un hermano con fama de deportista y que se dedica a viajar por el mundo en busca de aventuras. Ahora mismo no sabe dónde está.

—Olvídate del hermano; quien me interesa es ella. —Estoy contándote lo que dice Seila... Bueno, Irma Thomas vive la mayor parte del año aquí, en Tampa. Su madre murió hace ya años. Su padre fue asesinado en La Habana durante la revolución. Era un importador de tabaco en rama uno de los más importantes del país. La revuelta le sorprendió en Cuba y murió allí.

Eso me dio qué pensar. Y algunas cosas encajaron y otra no, pero generalmente el panorama se aclaró bastante.

—Sigue —le apremié.

—Bien, por lo visto te interesa todo esto.

—No sé aún dónde encaja, pero es importante. Continúa.

—En cuanto a John Grogan, lo único que Seila puede decir de él es que ostenta una posición mediocre en la sociedad de Tampa. Es lo que aquí llaman un advenedizo, ¿comprendes? Tiene dinero, pero eso no basta para abrir las puertas de la aristocracia. Y el escándalo originado por el asesinato de su mujer no le ha ayudado precisamente.

—¿Sabe esa chica, Seila, a qué se dedica Grogan?

—Bueno, Max; ¿no estás tú trabajando para él?

—Sí, pero no voy a dedicar mi tiempo investigando la vida de mi cliente si puedo obtener los mismos resultados con más facilidad.

—Ya veo a dónde vas a parar... Seila dice que su fuente de ingresos proviene de un alto cargo político. No ha podido ser más explícita en eso.

—Es suficiente, Terry.

—Menos mal. Y ahora háblame de nuestro reportaje.

—No hay nada definitivo todavía. Además, tenemos que ir con pies de plomo. Los federales andan por en medio y esos tipos no me gustan.

—¿Washington anda metido en esto? —saltó, asombrado.

—Así parece. Sin embargo, te diré que dos pistoleros me llevaron de «paseo» a una playa desierta. Uno de ellos hablaba con un ligero acento exótico. Ahora sé que su idioma era español. Luego, intentaron raptarme. Se armó un tiroteo y el coche de los pistoleros se estrelló. Cuando yo llegué junto al destrozado coche, uno de los moribundos me habló también en español... Une a todo esto la intervención del FBI y ata cabos. ¿Qué obtienes?

—El jaleo de Cuba. Agentes del Barbas.

—Eso me parece a mí también.

—¿Pero qué tienes tú que ver con ellos?

—Ahí está el lío. No lo sé. Y ahora déjame solo. Quiero pensar algo y necesito telefonar. Vuelve con tus congéneres.

—Total, no me dices nada que pueda publicar —se quejó, levantándose—. Necesito material, Max, ya te lo dije. ¿Puedo por lo menos mencionarte a ti en ese asunto de los tiros?

—No. Si la policía ha mantenido secreto este detalle no hay por qué airearlo prematuramente. Pero te prometo un completo reportaje... antes de lo que imaginas.

—Ojalá sea cierto, o de lo contrario mi jefe me arrancará la piel.

Se alejó. Por primera vez en todo el maldito caso empezaba a sumar dos y dos y me salían cuatro. Si las matemáticas continuaban de mi parte todo iría bien.

Busqué la guía telefónica, anoté un número y me encerré en la cabina. Marqué el número y esperé, pero poco. Contestaron casi al

momento. Una voz de mujer.

—¿Irma Thomas? —pregunté.

—Sí. ¿Quién habla, por favor?

—Max Cameron, Irma. Usted estuvo a verme...

—¡Oh, sí! —exclamó—. ¿Qué quiere ahora?

—Verla.

Soltó una risita y runruneó:

—Hay muchos hombres que lo desean, detective...

—No lo dudo. Pero pocos tienen la seguridad que tengo yo de conseguirlo.

—¿Está seguro?

—Sí. Poseo magníficos argumentos, Irma.

—Ya me di cuenta la otra vez... Argumentos muy consoladores para una mujer.

—Tengo otros que no vio entonces. Los documentos.

La risa cesó en seco al otro lado. Escuché una especie de gemido y su respiración sonó a través del auricular. Cuando pudo hablar su voz no se parecía en nada a la empleada hasta entonces.

—¿Los tiene usted? —preguntó, anhelante.

—Sí.

Otro silencio. Finalmente...

—Está bien, Cameron. Yo tengo también los cinco mil dólares.

—Y otras cosas tan interesantes o más que el dinero.

—Comprendo... ¿Puede venir ahora?

—Dígame dónde está y empiece a abrir la puerta. Ahí estoy yo. No rió. Se limitó a darme la dirección y colgó.

Bueno; pensé que era cierto que tenía mucho más que cinco mil dólares. Poseía un cuerpo perfecto, cimbreado y duro. Y una cara delicada e incitante... Y unos labios que...

Dejé de soñar y salí de la cabina. Casi tropecé con Terry y una muchacha que me cerraba el paso.

—¿Qué pasa ahora? —mascullé, impaciente por largarme. Terry hizo un ademán de disculpa.

—No he podido evitarlo, Max —dijo—. Ésta es Seila. Ya te he hablado de ella y... La muchacha no le dejó terminar. Su voz era firme y decidida:

—Terry ha estado haciéndome un montón de preguntas por teléfono —explicó—. Después de colgar, se me ha ocurrido que

detrás de sus preguntas había algo interesante y aquí estoy. ¿Qué pasa con Irma Thomas?

—Antes dígame qué ha despertado su interés.

—Ya se lo he dicho; las preguntas de Terry. Irma Thomas y John Grogan.

—Bien, ¿y qué?

—La mujer de Grogan fue asesinada. Usted fue encontrado junto al cadáver... Y Mabel Grogan era amiga de Irma Thomas. Se las había visto juntas muchas veces en fiestas y reuniones.

Sentí un estremecimiento.

—Esto empieza a moverse —dije—, pero no puedo decir nada todavía. Tengo que atar algunos cabos. Ya volveremos a vernos.

Salí disparado antes que pudieran seguir acosándome. Estaba apartado el coche de la acera cuando ellos dos aparecieron en la puerta del bar. No les hice caso y me alejé. Detrás de mí salió el coche con la pareja de sabuesos que me seguían los pasos.

Había que dejarlos tirados en cualquier lado. Inicié una serie de maniobras y virajes con esa intención, pero aquellos tipos eran perros viejos. No se apartaban de mi cola.

Ahogué una sarta de maldiciones. Si no hubiese llevado los documentos donde los llevaba hubiera podido dejar el coche y alejarme con cualquier taxi, después de despistar a pie a los dos sabuesos, pero yo quería sacar los papeles de una condenada vez.

Media hora después, cansado de vueltas, cambios de dirección y acelerones, me interné en Clark Stret y reduje la marcha, dejando que detrás del mío se apelotonaran ocho o diez coches más. El de mis perseguidores estaba detrás de éstos.

Vi cambiar la luz en el próximo cruce, cerrándonos el paso. Entonces hundí el pie y el acelerador bajó hasta el fondo. El coche pegó un tirón salvaje, las ruedas rechinaron y salió disparado, cruzando cuando los primeros autos de la otra calle se ponían en marcha. Afortunadamente no oí lo que esos conductores dijeron.

Sin aflojar la marcha, seguí la calle Clark durante dos travesías y luego doblé a la izquierda sobre dos ruedas. Un minutos después estaba lo bastante lejos para saber que los polizontes no darían conmigo en toda la tarde.

Sin embargo, cuando detuve el coche y lo dejé aparcado, no saqué los documentos de dentro del tapacubos. No estaba muy

seguro de cómo se desarrollaría la entrevista con la bella Irma Thomas.

CAPÍTULO X

La muchacha se envolvía en una *negligé* digna de Cleopatra. Semejaba una túnica transparente, debajo de la cual se insinuaban una nube de encajes y las doradas tonalidades de la piel. Me reafirmé en mis opiniones sobre ella y su belleza y lo que ésta me inspiraba. Sin embargo, hice esfuerzos para mantener la cabeza despejada.

—¿Los ha traído? —Fue lo primero que preguntó.

—Calma, niña. Hay que cerrar algunos tratos primero.

—Está bien, míster Cameron. Siéntese.

Lo hice frente a ella y mis ojos se deslizaron por toda su magnífica figura y por entre la tentación de los encajes. Ella se cuidó de devolverme a la realidad.

—El mismo interés que muestra usted por mi anatomía, siento yo por los documentos, míster Cameron.

Sonreí.

—Tiene usted una mente tan ágil que me desconcierta. ¿Sigue dispuesta a pagar los cinco mil dólares?

—Sí.

—Sin embargo, olvida usted que yo trabajo para míster Grogan.

—Pero quien le paga soy yo. Usted me dijo que Grogan no le había ofrecido tanto dinero.

—No, eso es cierto.

—Bien, entonces no perdamos tiempo.

—Con calma, querida... Tengo los documentos escondidos en cierto lugar, pero por circunstancias muy poderosas no he podido leerlos todavía. Dígame, ¿por qué se interesa tanto por ellos?

Hizo una mueca de disgusto antes de espetarme:

—No le importa. Estoy dispuesta a pagarle por ellos, no a darle

explicaciones.

—¿Sabe usted, Irma? Me gustaba más cuando lloraba. Así me daba la oportunidad de besarla. ¿Le han dicho que tiene una boca divina?

Sus mejillas se colorearon, pero creo que fue de furia. Sin embargo, se contuvo.

—Hablaremos de todo esto después. Ahora lo importante son los documentos.

—No hay nada tan importante como una mujer hermosa... Y usted, Irma, lo es de maravilla. También Mabel lo era...

—Usted debe saberlo.

—Y usted; Irma. Eran muy amigas las dos.

Había dado en el blanco. Pegó un respingo y sus labios temblaron.

—¿Qué quiere insinuar con eso?

—Nada Irma. Pero no deja de ser curioso.

—Volvamos a los documentos. ¿Piensa vendérmelos o no?

—Sí, si me convengo de que es usted quien debe tenerlos. De usted depende convencerme.

—¿Cómo puedo convencerle? Mis razones son los cinco mil dólares.

—Para mí no valen lo suficiente. Demuéstreme que la asiste la razón para poseerlos y se los entregaré.

Una profunda arruga se marcó en su frente. Estaba desconcertada y no podía ocultarlo. Para terminar de decidirla añadió:

—Cuénteme todo lo relacionado con esos papeles y usted. Y luego, quién sabe; tal vez me decida a cobrar con otro beso solamente...

Intentó sonreír y lo consiguió sólo a medias. Pero por lo visto tomó una determinación, porque empezó:

—Usted gana, detective. Creo que debo confiar en usted.

—Completamente, querida.

—Todo empezó por mi amistad con Mabel... Éramos amigas desde que íbamos a la escuela y...

—Escuche, Irma; todo esto no me interesa. Cuénteme solamente lo que se relaciona con los documentos.

—Bien, si lo quiere así... Mabel me llamó hace algunos días.

Estaba excitada y quería verme. Nos citamos en un bar y allí me contó sus dificultades con su marido. Quería el divorcio y él se negaba.

—Sé todo esto.

—Sí... Mabel me confesó que se había apoderado de unos documentos muy importantes para, con ellos en su poder, obligar a su esposo a concederle la libertad a cambio de los papeles. Dijo que eran muy importantes para él, que pertenecían a la sección estatal en que está empleado... Yo no comprendía por qué me contaba todo esto y se lo dije. Entonces habló del contenido de los documentos.

Se detuvo, nerviosa. Yo apenas podía contener mi impaciencia, pero mantuve silencio en espera de que prosiguiera. Lo hizo al cabo de unos instantes.

—Los documentos contienen una clave radiofónica y una lista de nombres. Los nombres de cincuenta agentes que operan en Cuba con los guerrilleros que luchan contra Castro.

Con que era eso. Sentí como un estremecimiento recorrerme de arriba abajo. Así quedaba explicada la intervención de pistoleros cubanos; hombres de Fidel Castro dispuestos a apoderarse de esa lista que les permitiría acabar con todos los agentes que, en su territorio, coordinaban el movimiento de resistencia.

Sin embargo, seguía sin comprender qué tenía que ver Irma Thomas con todo esto. Ella siguió callada un momento más y después añadió:

—Mabel, al leer los nombres de esos agentes, encontró el nombre de mi hermano entre ellos. Yo creía que Raymond estaba en Europa, pero en realidad se había enrolado en el Servicio Secreto.

—Comprendo —dije, estupefacto—. De ahí su interés en apoderarse de los documentos.

—Naturalmente. Si la lista cae en manos de los agentes cubanos, mi hermano y los demás serán fusilados...

—Comprendo —repetí, mientras pensaba rápidamente.

—¿Cree ahora que esos documentos deben ser destruidos?

—Sí... Creo que sí.

Suspiró y su mirada se aclaró. Abandonó la silla y vino hacia mí, envolviéndome en su perfume. Murmuró suavemente:

—¿Me los entregará?

—Creo que sí.

—¿Cuándo, míster Cameron?

—Esta noche. Y llámeme Max, ¿quiere? No voy a cobrarle nada por eso... Nada en metálico quiero decir.

Me levanté y quedé ante ella, cuya boca, húmeda y roja como una fruta madura, era una tentación. Entreabrió los labios al sonreír y preguntar:

—¿No?

—Cobraré en especies... Lindas y perfumadas especies.

—Es la primera vez que me llaman así —susurró.

La atraje hacia mí y la besé casi violentamente. Fue lo mismo que aplicar los labios a un soplete al rojo. Sus brazos se enroscaron en mi nuca y se apretó contra mí dando la sensación de que quería fundirme y convertirse en parte de mi ser.

No sé cuánto tiempo duró. Podía haber sido un siglo y yo hubiese seguido opinando que había sido un segundo. Besarla era una sensación maravillosa, jamás experimentada con otras mujeres. Igual que hundirse en un torbellino que le arrastraba a uno hasta el abismo.

Cuando se apartó lo suficiente para mirarme a los ojos murmuró:

—¿Es ésta buena moneda, detective?

—Oro de ley.

Se apartó definitivamente, sonriendo.

—No quieras acaparar toda la fortuna de una vez...

—Eso han sido los centavos —dije con voz insegura—. Esta noche vendré por el resto.

Asintió con un leve movimiento de cabeza. En mis labios continuaba el sabor de los suyos, y su perfume me envolvía cual un manto de ensueño. Decidí que si quería terminar con el caso, tenía que reaccionar y salir de allí cuanto antes.

—Debo irme —dije sin convicción.

—¿Ahora?

—Sí.

Vino hacia mí. Por un segundo sus labios aletearon junto a los míos, pero esta vez se apartó inmediatamente, sonriendo.

—Hasta la noche..., Max.

—Hasta la noche.

La miré por última vez antes de abandonar el apartamento.

Cuando la puerta se cerró, en mis retinas seguía brillando su turbadora imagen.

Mientras conducía el coche pensé que ahora quedaba perfectamente explicada la intervención de los federales en el asunto. Y también su interés en arrancarme de las garras de la policía. Teniéndome suelto, estaban seguros de que atraería a los pistoleros cubanos igual que la miel a las moscas. El FBI sabía que esos forajidos creían que yo conocía el escondrijo de los documentos, y confiaban que en cualquiera de sus intentos por echarme el guante cometerían un error y ellos podrían capturar a alguno. Eso les permitiría hacerle hablar y terminar con su organización en el país.

Y lo habían conseguido, si alguno de los que iban en el coche que se estrelló había quedado con vida. Y también era propio de los «G-man»

sacudir una andanada de plomo a los pistoleros y alejarse del lugar de la lucha, aunque yo estaba convencido de que, por lo menos uno de los agentes había vuelto inmediatamente al lugar de la batalla para hacerse cargo de cualquier tipejo que hubiese quedado con vida. Por eso debía estar tan furioso el teniente O'Toole.

Instintivamente, había pilotado el coche hacia las afueras. Realmente, lo que yo deseaba era tranquilidad para poder pensar y atar cabos. No podía encerrarme en la oficina ni volver a mi piso porque sería tanto como ponerme de nuevo en manos de los sabuesos que andaban en pos de mis huellas.

Seguí conduciendo durante unas cuantas millas más hasta que descubrí un motel a un lado de la carretera. Detuve el coche y busqué un rincón apartado en el bar y restaurante instalado al aire libre, sombreado por espesa vegetación. Era un paraje agradable y tranquilo, precisamente lo que necesitaba.

Allí dejé transcurrir el tiempo, sumido en una vorágine de ideas, analizando situaciones y sumando dos y dos. Acostumbrado a que la mayoría de veces en todo el asunto el resultado fuera cuarenta, me sorprendió que al fin resultase cuatro.

Pensé que, teóricamente, lo tenía todo resuelto. Pero de la teoría a la práctica había aún una distancia considerable.

Sorprendido, advertí entonces que el sol se había ocultado. La

tarde estaba muriendo entre fulgores rojizos y violetas que se derramaban sobre los altos picos de los montes. Era hora de regresar.

Durante el viaje de regreso me dediqué a darle un último repaso a toda la teoría que había estado elaborando basándome en los hechos conocidos, de manera que todo el tiempo lo pasé profundamente abstraído. Me daba perfecta cuenta de que, a menos que surgiera un hecho nuevo en mi ayuda, iba a encontrarme en un callejón sin salida.

Era una condenada situación la que se había creado. Estaba seguro de tener todos los datos necesarios para cerrar el caso y embolsarme los diez mil dólares. Sin embargo, no existía una sola prueba en abono de mi hipótesis. Y sin pruebas no hay condena.

Se me ocurrió pensar que Morano no necesitaría ninguna prueba para ejecutar una sentencia que ni siquiera había sido dictada, pero ésta era una solución que no acababa de gustarme. Tenía que pensar también en el teniente

O'Toole

si no quería ver mi licencia en la papelera.

Cuando llegué a mi apartamento no había adoptado ninguna decisión, a pesar de que me desesperaba al pensar en el callejón sin salida en que me había metido.

Busqué la botella y escancié una generosa dosis de *whisky*, esperando que el alcohol alumbrase alguna idea nueva. Lo único que hizo fue arder en mi estómago y amargarme un poco más.

Acabé descolgando el teléfono y llamando al teniente, con la idea de que si a mí me amargaba el día semejante problema también él debía llevar su parte en los disgustos.

Su voz sonó cansada, como dispuesto a mandar al diablo al que osaba molestarle. Pero cuando reconoció mi voz todo rastro de cansancio huyó de su tono y estalló:

—¡Maldito sea usted, Cameron! ¿Qué se ha propuesto al escapar? No creará que puede salirle bien esta vez...

—Tómelo con calma —le aconsejé burlonamente—. Tenía mucho que hacer para estar esperando que usted me hiciera perder el tiempo.

—No sabe cuánto lo celebro. Le tengo cogido, amarrado por el cuello y empaquetado para la casa grande. Esta vez ha llegado

demasiado lejos. Ni siquiera el fiscal se atreverá a interceder cuando reciba mi informe.

—No deje que las ilusiones turben su mente,
O'Toole...

Por si le interesa le diré que tengo el caso resuelto. Completamente resuelto..., aunque sin una sola prueba.

—¿Dónde está ahora?

—En mi apartamento. Eso le demostrará que ya no temo sus iras.

—Nunca creí que tuviera usted tamaña desfachatez. En su propio apartamento, cuando la mitad de la policía disponible le anda buscando.

—Ya me ha encontrado. ¿Va usted a venir aquí, o hemos de seguir hablando por teléfono?

—Voy hacia ahí... Pero como no le encuentre esperando me, empiece a encomendarse al cielo, Cameron.

Colgó de golpe. Supuse que saldría de su despacho con la misma prisa que si hubiera estallado un incendio.

Le esperé tomándome otro trago. Tampoco me ayudó en mi problema, pero por lo menos me proporcionó energías suficientes para enfrentarme al iracundo policía.

Y de que estaba iracundo no me quedó ninguna duda en cuanto lo vi. Entró como una tromba, rojo de ira, soltando maldiciones y amenazas contra mí a la misma velocidad que una ametralladora sus disparos.

Hasta que le faltó el aliento. Entonces le ofrecí un trago, que rechazó, furioso, y tras esto le dije:

—Si ya ha terminado de vomitar,
O'Toole,

cierre la boca y escúcheme. ¿De acuerdo?

—Hable todo cuanto quiera. Después le llevaré donde debe estar y tendrá que hablar con las paredes desnudas, así es que adelante, diviértase si quiere.

No le hice caso. En lugar de eso desgrané mi teoría punto por punto, detalle por detalle, hablando despacio y con claridad suficiente para que se diera cuenta del problema con que nos enfrentábamos por la falta de pruebas.

Tuve la sensación de verle interesarse de tal manera que ni

siquiera intentó disimular su estupor ante los hechos que ponía ante su vista. Pero seguía indignado, de manera que me esforcé en hacerle comprender que yo no tenía maldito interés en quedarme con los laureles del triunfo. Se los cedía... si conseguía una prueba convincente.

Cuando callé siguió unos instantes con la vista fija ante él, seguramente encajando en su mente las distintas piezas del rompecabezas que acababa de proporcionarle. Luego soltó un gruñido de disgusto y me espetó con voz seca:

—¿Hasta dónde puedo fiarme de usted, Cameron? ¿Cree que voy a tragarme toda esta fábula?

—No me importa si se la traga o no. He cumplido con mi deber al informarle, eso es todo. Si usted no quiere hacer caso, por mí *Okay*, pero luego no se queje si le sacuden la badana.

—Su interés por mí me conmueve, maldito polizonte —rezongó de mal talante—. ¿Cómo imagina el desenlace de su historia?

—No lo sé. Mi imaginación no da más de sí, teniente. No tengo una sola prueba. Es más, dudo de que existan pruebas contra el criminal. Puede usted comprender que se reirá de usted y de la ley a mandíbula batiente... a menos que hagamos algo para impedirlo.

Guardó silencio. No le gustaba en absoluto lo que estaba pensando. Al mismo tiempo, no podía sustraerse al temor de que yo le estuviera liando con hechos sin fundamento con el exclusivo objeto de sacudirme sus garras de encima. Eso era lo que más le inquietaba seguramente.

Al fin masculló:

—No me queda otro remedio que comprobar todo esto, maldito sea usted. Como si no tuviese bastante trabajo entre manos... Pero esta vez no consentiré que se ría de la policía.

—¿Cómo no voy a reírme de ella si usted se empeña en portarse como un bufón? ¿Qué saca con encerrarme a mí, mientras el asesino se ríe de la ley?

—Por lo menos me quito una preocupación de encima. Sé que mientras esté en la nevera no se interpondrá usted entre mis pies embrollándome la madeja. Vamos —terminó levantándose.

Estuve a punto de soltarle todo mi repertorio de insultos, pero acabé diciéndome que todavía me quedaban algunos argumentos.

Dije:

—No se precipite,
O'Toole.

Quiero terminar este asunto de una vez, y quiero que termine definitivamente. Y no lo conseguiré si usted me encierra. Y lo más chocante es que tampoco lo conseguirá usted.

—¡No me diga!

—Seguro. ¿Cómo piensa obtener una prueba?

—No lo sé. Ya veré sobre la marcha lo que hago.

—Tengo otra idea mejor...

Me miró con enorme desconfianza, temiendo que le pusiera en ridículo.

—Suéltela —concedió al fin.

—Se me ocurre que lo imposible de lograr por medios normales podemos conseguirlo con ayuda de la técnica moderna...

Estuvo a punto de sacudirme por lo que consideraba una broma estúpida. Pero antes de que pudiera abrir la boca continué:

—¿No ha oído usted hablar del Yalco? Es un aparatito japonés sumamente útil. Por lo visto sabía de qué le estaba hablando, ya que en sus ojos apareció un brillo de interés.

—¿Cree que ese tipo será tan estúpido como para facilitarle las cosas hasta ese extremo? —Gruñó no obstante.

—Podemos probar —le propuse—. Además, entre él y yo, cara a cara, solos, ¿qué miedo puede tener?

De nuevo calculó las ventajas y los inconvenientes que mi proyecto podía reportarle, pero acabó hablando con menos seguridad.

—Imagine usted que ha acertado. ¿Cree que él le dejará vivir después de restregarle por las narices que usted conoce su crimen?

—Casi apostarí a que sí. Sabe que no hay pruebas contra él por ese crimen cometido, y aunque yo esté enterado no puedo hacerle daño alguno. Sin embargo, si trata de matarme a mí puede pensar que no tendrá tanta suerte... Tendría que deshacerse de mi cadáver, exponiéndose a ser condenado por ese crimen, cuando quedándose quieto queda impune por el otro. No, no creo que se atreva a intentarlo siquiera.

—Es una idea tan retorcida como su cerebro, Cameron —gruñó, sin acabar de decidirse. Pero tras unos instantes de reflexión hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y añadió—: Está bien, voy a

darle a usted esta oportunidad aunque sólo sea en un intento de mostrarme justo, cosa que con usted es una pérdida de tiempo. ¿Dónde tiene ese condenado aparato?

—En la oficina. Iré por él y luego representaré mi parte en el drama como un actor consumado.

Me miró y creí percibir algo más que indignación en sus ojos. Después de todo, no era tan inhumano como quería aparentar.

—Que tenga usted suerte, Cameron. Le doy de tiempo hasta las once para presentarme los resultados... Después, usted será asunto mío... o del enterrador.

—¡Maldito sea, teniente! Es usted único animando a la gente.

Se caló el sombrero, me dirigió una última mirada y se encaminó a la puerta. Ya con la mano en el pomo giró un poco la cabeza, lo justo para poder verme, y me espetó como despedida:

—Si cae usted, Cameron, tal vez olvide los cargos que poseo contra usted.

Salió antes que pudiera decirle mi opinión respecto a él y a su ética. La puerta se cerró de golpe y al quedar solo empecé a darme cuenta del lío en que yo mismo me había metido...

CAPÍTULO XI

Después de pasar por mi oficina tomé el camino que debía conducirme a casa de mi cliente. Ya era hora de presentar mi informe. ¡Y qué informe!

Aparqué el coche frente a la entrada principal y salté a la acera. Antes de entrar me detuve un instante para cerciorarme de que todo estaba en orden. Lo único que tenía que hacer era sacar un cigarrillo...

Dos minutos después estaba en presencia de míster Grogan, recibiendo sus felicitaciones por el hallazgo de los documentos que nos habían llevado de coronilla.

—Estaba seguro de que usted lo conseguiría, Cameron —afirmó lleno de entusiasmo. Y añadió—: Desde el principio tuve el convencimiento de que no debía preocuparme. Usted no podía fallar...

Seguí saboreando el excelente *whisky*. Míster Grogan era un hombre feliz. Siguió hablando:

—Naturalmente, antes de encargarle el asunto hice ciertas averiguaciones, ¿comprende? Me dieron inmejorables referencias de usted y sus métodos.

—Me alegro mucho.

Se frotó las manos. Luego bebió también un trago y, tras dejar el vaso, repitió:

—Sí, sabía que usted los encontraría...

Entonces hablé yo. Dije suavemente, al mismo tiempo que sacaba el paquete de cigarrillos de mi bolsillo:

—¿Por eso no se entretuvo en buscarlos usted después de matar a su esposa?

Se inmovilizó, mientras yo encendía el cigarrillo tras devolver el

paquete al bolsillo. Su vaso se había detenido a mitad de camino de la boca. Tenía los ojos entrecerrados y pareció que iba a atravesarme con la mirada.

Al fin balbució:

—¿Qué ha dicho?

—Lo ha oído perfectamente. Debí haberlo pensado mucho antes, míster Grogan. Usted me encargó descubrir el paradero de Mabel, pero tuvo la astucia suficiente para estar cerca de mí cuando la encontré. ¿Cómo lo hizo? ¿Me siguió?

—Pero... usted debe haberse vuelto loco...

—Lo he estado al no comprenderlo antes. Usted presencié mi encuentro con Mabel; la vio después separarse de mí y la siguió, creyendo sin duda que yo la aguardaría en el bar... y la mató al enterarse de que no iba a traerme los documentos porque no los tenía en aquel apartamento. Fue entonces cuando confió en que yo los encontraría, no antes. En realidad me utilizó solamente para que le levantase la caza lo mismo que un perro de muestra. ¿Fue así, míster Grogan?

No quedaba un átomo de color en su rostro. Dejó el vaso y se irguió, desafiante, haciendo esfuerzos para conservar la seguridad en sí mismo.

—Así que me acusa de matar a mi esposa, Cameron...

—Eso es.

—¿Cómo piensa sostener esta acusación, maldito polizante? ¿Tiene alguna prueba acaso?

—Desgraciadamente no. Ni creo que sea posible obtener una sola prueba, ¿verdad, Grogan? De ahí le viene su seguridad.

Sonrió fríamente. Sus mejillas recobraron un poco de color.

—Por lo menos reconoce eso —dijo—. ¿Qué piensa usted hacer ahora? Y... ¿dónde están los documentos? Usted dice que los tiene, ¿no es así?

—Están en lugar seguro. No caerán en manos de esos cubanos que andan tras ellos.

—Y ha descubierto también lo que contienen...

—Lo he descubierto.

—No importa. Usted me los entregará y...

—No, Grogan. Sé otro sitio donde estarán mejor. Sólo he venido para asegurarme de que yo estaba en lo cierto al sospechar de

usted.

—¡Maldito sea, Cameron! Esos documentos me pertenecen...

—Seguro. Pero la vida de Mabel no le pertenecía en absoluto y usted se la arrebató.

—Escuche, podemos llegar a un acuerdo...

Estaba perdiendo la serenidad, aunque sólo en lo que hacía referencia a los documentos. Respecto al crimen se sentía tan seguro como antes.

—No hay ningún acuerdo. No acostumbro a pactar con asesinos, y no voy a cambiar ahora de costumbres.

—Pero... Pero yo le pago a usted y...

—¿Por qué la mató, Grogan?

Se quedó mudo. La ira empezaba a dominarlo. Soltó un juramento y admitió:

—Por los documentos. Se trataba de mi seguridad o la de ella.

—Ya veo. Usted no podía consentir que ella supiera lo que contenían esos papeles. Los había sustraído usted del Departamento en que está empleado, supongo que para venderlos a los agentes de Cuba... Por todo esto, deduzco también que el anterior robo es falso... Usted me mintió.

—Naturalmente. Pensé que con ese cuento le daba más verosimilitud al relato que le hice. ¿Piensa usted denunciarme por el crimen, Cameron?

—¿Reconoce que lo cometió?

—Aquí entre usted y yo, sin testigos, lo reconozco. Pero jamás podrán probar absolutamente nada, Cameron. No existe ni la sombra de una prueba.

—No, y es una verdadera pena...

—¿Y bien? ¿Qué decide?

Me encontré mirando la cara del asesino y me sorprendió no experimentar sentimiento alguno. Ahora sabía ya lo que tenía que hacer.

—Así que todo el que descubre el contenido de los documentos debe morir —dije fríamente—. Según eso, Grogan yo también estoy sentenciado...

Antes de acabar la frase, mi «38» apuntaba ya a la cabeza del criminal, el cual pegó un respingo y miró el arma con ojos desorbitados.

—¿Qué va a hacer, Cameron? —gritó, aterrado—. No puede disparar...

—¿No?

—Quiero decir que... que no se atreverá a matarme...

—La justicia no puede condenarle —le dije con voz sorda y amenazadora—. No hay pruebas. Y usted me hubiese matado a mí si le hubiera entregado los documentos.

—Pero no me los ha entregado... Oiga, Cameron, no sea loco... Me olvidaré de los documentos... Le diré cómo puede obtener por ellos cien mil dólares, que es lo que iba a sacar yo... Cien mil, Cameron, una fortuna...

Estaba loco de terror, y gruesas gotas de sudor brotaban de su frente. Me reí de él y le ordené:

—Vuélvase de espaldas, bastardo.

Obedeció, las piernas casi no le sostenían debido a que pensaba que iba a matarlo por la espalda. Pero me limité a registrarle. No llevaba ningún arma encima.

—Bien —dije—; la ley no puede tocarle sin pruebas. Personalmente opino que es un fallo de nuestras leyes que algún día deberá ser corregido. Y yo soy incapaz de matarle a sangre fría puesto que no soy un asesino como usted. Pero sé que tarde o temprano le alcanzará el castigo, Grogan, y cuando éste llegue no quisiera estar en su pellejo por todo el oro del mundo.

—¿No me denunciará? —gimió—. ¿Va a dejarme usted en paz?

El muy canalla no podía creerlo. Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—No —dije—. Ha sido usted demasiado listo, granuja de los demonios. Quédese con su triunfo y con su conciencia y que el diablo cargue con usted.

El grandísimo cobarde estaba loco de miedo, aturdido y mudo. Para él, era increíble que yo le dejase con vida.

Sin embargo, allí lo dejé, sumergido en un mar de recobrada tranquilidad y sintiéndose cada vez más seguro de sí y de su inteligencia. Había burlado a la justicia.

Por lo menos, eso era lo que él creía.

No habría estado tan tranquilo de haber podido seguir mis pasos. De haberlo hecho hubiera visto cómo estacionaba mi coche en el aparcamiento del Rex Club. Se habría sorprendido al ver las

facilidades que me daban para llegar a presencia del todopoderoso Tony Morano. Y se habría sorprendido todavía más al verme salir, silbando alegremente y acariciando en mi bolsillo un hermoso cheque por valor de diez mil dólares firmado por Morano.

Pero John Grogan, ensoberbecido por lo que creía su victoria, no sospechaba nada de esto.

Como tampoco podía sospechar que mi próxima visita, después de una loca carrera a noventa millas por hora, fuera para el teniente O'Toole,

el cual me examinó atentamente cuando me vio entrar en su despacho, como si no diera crédito a lo que estaba viendo.

—¿Está usted entero, pesquisa? —preguntó como saludo.

—Más o menos...

Desabroché mi chaleco y del bolsillo interior saqué el maravilloso aparatito japonés, un magnetofón de tres pulgadas de ancho, seis de largo y menos de dos de espesor con el cual había captado toda la conversación sostenida con Grogan.

—Ahí tiene —anuncié, depositándolo encima de la mesa ante los encandilados ojos del policía—. Una confesión en toda regla, suponiendo que los tribunales la acepten en esta forma.

—Eso corre de nuestra cuenta. Pero..., ¿realmente ha confesado?

—Escuche usted la cinta y verá, pero después dese prisa en echarle el guante o llegará tarde...

—¿Por qué? ¿Se propone escapar acaso?

—No lo creo... Por lo menos en el sentido literal de la palabra.

—Maldito sea, Cameron. No me venga con acertijos. ¿Qué es lo que quiere decirme con esto?

—Lo que le he dicho; que se dé prisa...

Abrí la puerta, dispuesto a salir disparado.

O'Toole

hizo un ademán para detenerme, pero le recordé:

—Los laureles para usted,

O'Toole.

A cambio, déjeme en paz por lo menos esta noche.

—¿Por qué precisamente esta noche?

—Secreto profesional —dije, y abandoné el despacho a toda prisa antes que a

O'Toole

se le ocurriera alguna nueva trastada.

Yo había cobrado mi recompensa. Suponía que Tony Morano iría a cobrarse la suya antes de unos minutos, y también O'Toole

iría en busca de su premio, estropeando la fiesta a Morano, pero no antes de que Grogan hubiese recibido por lo menos una paliza fenomenal.

Hundí el acelerador y a toda velocidad conduje al encuentro de Irma Thomas, y esta vez subí a su apartamento con los documentos en el bolsillo.

La besé en cuanto hubo cerrado la puerta. Después, los dos contemplamos cómo ardían los condenados papeles y luego me entretuve en desmenuzar las cenizas.

Hecho esto me enfrenté con ella.

—Y ahora —dije—, quiero cobrar.

Sonrió. Vestía exactamente igual que en nuestra anterior entrevista.

Sonriendo todavía, vino a mí y yo fui a ella y nos hundimos en apretado abrazo. De nuevo sus labios, y el torbellino arrastrándome al abismo y después un estallido loco aislándonos del mundo y de la noche que, fuera, al otro lado de las ventanas, amparaban un drama que se desarrollaba en otra parte de la ciudad.

Pero ése era asunto terminado.

¡Fuera con él!

Desperté a la mañana siguiente sintiéndome en paz con el mundo entero. El sol penetraba a través de la abierta ventana. Sobre la mesita de noche encontré un periódico doblado de manera que quedaban a la vista los grandes titulares.

Rezaban:

«Salvaje apaleamiento de un funcionario del Gobierno».

«La policía llega a tiempo de salvar la vida de la víctima, que resulta ser un asesino llamado John Grogan».

Leí el artículo y, tal como había supuesto, Grogan no había

podido escapar a su castigo. Dentro de poco, su alma iría a pelearse con el diablo.

Entonces llegó hasta mí el aroma del café recién hecho, advertí que aquélla no era mi casa, y la voz de Irma gritó desde la cocina:

—¡Vamos, perezoso! El desayuno te espera... y yo también.

Pegué un salto fuera de la cama, me sentí feliz y recordé los diez mil pavos. El mundo era mío, incluyendo a la hermosa Irma.

Su voz sonó de nuevo, impaciente:

—¿Qué esperas, Max? Ven aquí... Naturalmente, fui.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas)(para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron(en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.